Stéphan Lévy-Kuentz

METAFÍSICA DEL APERITIVO

PERIFÉRICA

SERIE MENOR, 10

Stéphan Lévy-Kuentz

METAFÍSICA DEL APERITIVO

TRADUCCIÓN DE LAURA NARANJO GUTIÉRREZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Métaphysique de l'apéritif*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Éditions Manucius, 2019
© de la traducción, Laura Naranjo Gutiérrez, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-26-2

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Pronto nos daremos cuenta de que lo más importante ya no es morir por las ideas, los estilos, las tesis, los eslóganes, las creencias, ni aferrarse a ellos ni concentrarse en ellos, sino más bien retroceder un paso y tomar distancia de todo lo que nos ocurre.

WITOLD GOMBROWICZ

En realidad, sólo amamos los libros que no forman un todo, que son caóticos, que son incapaces. Y es así con todo […], nos unimos especialmente a un ser porque es incompleto e incapaz, porque es caótico e imperfecto.

THOMAS BERNHARD

Un hombre dotado de la verdadera sabiduría puede disfrutar del espectáculo entero del mundo desde su silla, sin saber leer y sin hablar con nadie, gracias al uso de los sentidos y a un alma que desconoce la tristeza.

FERNANDO PESSOA[1]

EN CAMINO

Llevas todo el día andando y has ido a parar a la place Pablo Picasso por la rue de la Grande Chaumière. El *Balzac* de Rodin, comendador en bata inclinado hacia atrás, vigila el bulevar. Te plantas frente a él sin haber decidido aún qué dirección tomar. Tal vez bajar a Montparnasse, tal vez poner rumbo al este hacia Port-Royal o Denfert-Rochereau: todavía no lo tienes muy claro.

Sabes que pronto podrás salir de la vorágine que te ha arrastrado hasta allí y tomar asiento para sucumbir al ritual del aperitivo. Ha llegado el momento de concederte una hora de eternidad, una franja de tiempo suspendido que significa libertad. «La libertad es la posibilidad de aislarse», te reconforta Pessoa.[2]

Condición previa: encontrar un puesto de observación idóneo, ligeramente apartado, ni demasiado expuesto ni demasiado aislado, una atalaya que garantice un ángulo de visión propicio para la observación, sin vecinos desagradables, donde no haya clientes de voz potente ni mobiliario que te estorbe la vista.

Has retomado la marcha. En tu reloj acaban de pasar seis minutos exactos.

Allí todo está en calma. Ni jefes de empresas emergentes dando instrucciones por teléfono, ni grupitos de italianos rememorando su última juerga, ni japoneses desempaquetando una montaña de compras, ni doctorandos marfileños arreglando la economía africana, ni norteamericanos de voz gangosa recitando el menú, ni criaturitas exigiendo su compota de kiwi y plátano ni chihuahuas echando de la acera al *rottweiler* de turno.

De pie delante de esa terraza que parece tenderte los brazos, vacilas entre acercarte o no. Decidir el lugar idóneo es un ejercicio más complicado de lo que parece.

Realmente no sabes por qué has elegido ese velador. Aquel de allí

también te habría servido. Las terrazas de los cafés esconden diferentes dispositivos escenográficos y no todos cuentan la misma historia. El velador es versátil: puede favorecer la amistad o convertirse en una tumba solitaria.

El aperitivo, en tu opinión, no tiene nada que ver con los crudos inviernos de esos países nevados donde nunca sale el sol, con esos salones rústicos en los que un forastero se las ve y se las desea para cerrar la puerta a la ventisca (escena digna de Chaplin o de Keaton), ni con ese adefesio que viene a acodarse en la barra del bar, sino que debe consumirse en una terraza y puede ser de diversa índole: el aperitivo de grupo, que tiene algo de terapia social; el que se toma cara a cara con una sola persona y supone un intercambio íntimo, y el que te dispones a tomar y que entraña cierto esfuerzo de introspección.

No tardarás mucho en hacerlo.

ANTES DE LA EMBRIAGUEZ

Estás sentado delante de ese plato con el borde de cobre que acaricias con la palma de la mano. Tu sombra te acompaña: no te hace falta el sol para intuir su acecho.

¿Qué confidencias habrá escuchado ese trozo de mármol? ¿Qué bebidas, calientes o frías, alcohólicas o no, se habrán servido hoy en él? ¿Y quién las habrá consumido? Desde el café matutino de unos ejecutivos bañados en *after-shave* hasta el *brunch* acaramelado de alguna pareja adúltera, pasando por el vino blanco de unos rudos albañiles y el *darjeeling* a sorbitos de dos alegres jubiladas a primera hora de la tarde. Entre estos sainetes, un telón inmutable: ese trapo húmedo que, pasado a la ligera en círculos concéntricos, borra toda huella.

Una pizarra en blanco, una llanura virgen que te invita a entrar en escena.

El aire es fresco y perfumado; se avecina la primavera. Es el momento del ritual vespertino de dejar reposar lo que has amasado durante el día, darte un baño de pereza y disfrutar de ese bendito céfiro que tan bueno es para el cutis.

Para desterrar sus reservas, probablemente el primer reflejo del interesado es el de hacerse con el entorno inmediato. A solas delante de tu velador, sonríes al espacio que tienes enfrente. Te entran ganas de ser un poco más tú mismo que de costumbre y esta hora de paz es propicia para ello. Instalado en el ocaso, enseguida sólo tendrás que mirar cómo palpita el mundo.

El propio intervalo de tiempo ya representa una promesa de serenidad, y el aperitivo crepuscular que se anuncia es algo así como la réplica de ese expreso que tomamos por la mañana temprano en verano en las relucientes aceras pavimentadas con losas de mármol de Carrara de Atenas o Lisboa.

Sí, te embarga un sentimiento de plenitud. Con la mente abierta y la mirada limpia, te reclinas en la silla. Tu cuerpo es un embarcadero. Te sientes tranquilo, decidido, auténtico, en calma como un lago suizo en julio. Estás a los mandos de una nave intergaláctica, con el cráneo por cabina y los ojos por parabrisas. Por dentro eres muchos; hay todo un mundo loco en tu interior. Una tripulación que gira como un móvil de Calder.

«El aperitivo es la oración de la tarde de los franceses», decía Paul Morand.[3] Aunque hace mucho que la literatura acotó el tema del alcohol, puede que caigas en la tentación de interesarte por el ritual del aperitivo, ese momento tan característico de los seres humanos, y, por qué no, de exponer algunas de tus impresiones sobre ese espacio de meditación tan representativo de nuestra presencia en la Tierra. Una suerte de ensueño, digamos, entre relato, poema y ensayo. Si no tienes inconveniente, tú mismo serás el protagonista, pero nada de lo que pienses será utilizado en tu contra. Por ahora te conformarás con escucharte a ti mismo.

Estás decidido a comenzar un paseo inmóvil hacia ese futuro que te aguarda en la distancia aunque tú no hayas pedido nada. Robert Walser, el paseante por antonomasia, te advierte: «No quiero un futuro: lo que yo quiero es un presente. Me parece más valioso. Sólo tenemos futuro cuando no tenemos presente y, cuando tenemos presente, nos olvidamos por completo de pensar en el futuro».[4]

Asientes. De momento, la agradable sensación que poco a poco te invade es la de no tener que justificarte ante nadie. Por supuesto, no te has olvidado de esa telepantalla que llevas en el bolsillo y que revela tu longitud y tu latitud a los controladores planetarios, pero poco te preocupan esas artimañas que, de todas formas, se te escapan.

Es probable que tus allegados intenten absorberte a través de mensajes escritos o sonoros, en forma de fotos, de *mails*, *likes*, *pokes*, *hashtags*, *gifs*, blogs, tuits y otras banderillas sociales de la ociosidad, pero no estás obligado a responderles. Es más: vas a apagar el aparatito.

Hecho. A partir de ahora, ningún inoportuno podrá interrumpir este respiro que es tuyo y de nadie más. Puede que un conocido irrumpa

de improviso en tu campo de visión y venga a meter la mano en el baño caliente que estás preparando, pero da igual, como decía Cendrars, «sólo la acción libera».[5] Tienes la boca seca y ya va siendo hora de pedir.

Hay que tomarse muy en serio el deseo de embriaguez.

Acaban de pasar cinco largos minutos y sigues esperando. Como todo el mundo habrá notado, a veces cuesta captar la mirada de un camarero atareado con la comanda de otros clientes que han tenido la mezquina ocurrencia de instalarse en esta terraza antes que tú. En efecto, es posible que cualquier señal que hagas, cualquier llamada de atención por tu parte, no haga mella en esa falsa distracción que estás en tu derecho de tildar de estratégica. Una argucia desleal que puede resultar perjudicial para tu sistema neurovegetativo. Es lógico que entonces te preguntes si de verdad existes o si no te estarás dirigiendo a una pantalla platónica en la que se está proyectando tu imagen.

Sea lo que sea, en vista del aumento de pedidos con el que ese camarero tiene que lidiar a esta hora, su procrastinación enseguida te parecerá discriminatoria e incluso te hará rayar en la indignación y la queja. Por haber herido tu sensibilidad y, por tanto, tu cultura, quizá te satisfaga, llegado el caso, lapidar al indolente con quinoa en la plaza pública, aunque este castigo no resolverá el problema que tienes ahora mismo. Prefieres ser magnánimo y convencerte de que la naturaleza está mal hecha y de que el gremio saldría ganando si tomara prestado el sistema visual del camaleón, una impresionante maquinaria del diablo constituida por dos globos oculares autónomos. Aquí evitarás hablar del ángulo muerto en el sentido geométrico del término, pues no hay más que atención muerta. Así como el *trompe-l'esprit* es el *trompe-l'oeil* del pensamiento, la conciencia no tiene nada que envidiarle a la vista.

Aunque, para hacer que te vea, tu primer gesto deba ser discreto, es decir, limitado al dedo índice, el segundo implicará necesariamente al brazo entero. Y, a la tercera, desterrando por completo tu timidez, te verás obligado a alzar la voz y lanzar un «¡por favor!» u otra interjección que venga al caso, a excepción de «¡camarero!»,

«¡muchacho!» o «¡eh!», que probablemente podrían sonar elitistas. En cualquier caso, y en su descargo, también puede ocurrir que el camarero esté demasiado lejos o totalmente acaparado por los sedientos a los que esté atendiendo en esos momentos. No te equivoques: captarás su fugaz mirada una sola vez, el típico vistazo reglamentario que, por deformación profesional, echan a su alrededor de cuando en cuando. Un breve intervalo casi imperceptible, un talón de Aquiles que tendrás que alcanzar antes de que el fugitivo regrese a la barra. Sí, se está perdiendo la tradición. Sin estilo ni verdadera empatía, el camarero posmoderno ya no cree en su futuro coreográfico y, por lo general, no es más que un artista en ciernes que está deseando lanzar la bandeja de formica a la cara de la patronal.

¿Qué hora es? Ah. Mientras esperas una muestra de su buena voluntad, te lo tomas con filosofía y, entretanto, ojeas la carta, todas esas columnas de palabras acompañadas por cifras. La oferta de bebidas es variada. Según la temporada, podrás elegir entre un whisky, un pastís, una cerveza de trigo, un oporto, un mojito, una caipiriña, un vermú, un *prosecco*, un *spritz* o un *bloody mary*, aunque ya sabes que te inclinarás por algo más modesto, como una copa de *brouilly*, de *chardonnay*, de *pinot noir* o de *petit chablis*.

Aperitivo, aperitivo.

Se te viene a la lengua esa palabra, tan extraña como *jirafa* o *yurumí*. Del latín *aperire*, que significa «abrir», se trata de un ritual heredado de los romanos, que tenían la costumbre de abrirles el apetito a sus comensales con un vaso de vino con miel. Una práctica medicinal que se perpetuó hasta la Edad Media, con el hipocrás, por ejemplo. A finales del siglo XVIII, un médico francés, el doctor Ordinaire, creó la absenta, la *musa verde* que tomaban los poetas, pero prohibida en 1915. Y en 1797 nació el primer pastís anisado, cuyo efecto lechoso, momento en que el alcohol se torna opaco en contacto con el agua, causó auténtica sensación. La llamada *piscina*, práctica extrema, consiste en diluir abundantemente ese brebaje: si se colorea con granadina, recibirá el nombre de *tomate*; con almendra, el de *mauresque*; y con menta, el de *perroquet*.

Los antiguos aperitivos, casi todos ya desaparecidos, siempre han

sido una celebración de las virtudes de las plantas. El *picon*, por ejemplo, elaborado con piel de naranja amarga, quina y hierbas maceradas en aguardiente, fue creado en Argelia en 1837 por Gaëtan Picon, un caballero francés –y no el célebre hombre de letras–, para curar unas fiebres persistentes. En 1846, el *guapo y bueno* de Joseph D.[6] se inspiró en él para elaborar una bebida amarga compuesta de vino y quinina que supuestamente protegía del paludismo. El *clacquesin* vio la luz poco después, en 1860, en la rue du Dragon de París. Elaborado a partir de resina de pino noruego, canela y clavo, y premiado en la Exposición Universal de 1900, causó furor en los felices años veinte. Y, ya que estamos, ¿por qué no citar el *salers*, licor que, a partir de raíces de genciana, Ambroise Labounoux inventó y produjo en Corrèze en 1885? ¿O el *suze*, de 1889, estimulante y febrífugo, también a base de genciana, raíz de las montañas cuya recolección obligó a sus productores a inventar la *horca del diablo*?[7] ¿Y qué decir del *kir* borgoñés o del *communard*, hecho con vino tinto y grosella negra? ¿O del *pineau* de Charentes, el *floch* de Gascuña, el *macvin* del Jura o la ratafía de Champagne? Y tantos y tantos otros. Aunque el ritual del aperitivo no empezó a popularizarse hasta los años cincuenta, cuando en francés adquirió el célebre nombre de *apéro*, este símbolo de convivencia no nació ayer. Después de tanta fastuosidad, la copa de vino que acabas de pedir y que esperas con impaciencia se te antoja un poco ridícula.

De repente eres presa de un deseo sensual, voluptuoso, indulgente, sereno pero firme; una savia transparente como los sueños te sube por el cuerpo. Pronto, en un extraño fuera de campo, traspasarás las paredes. Retrocederás en el tiempo o te proyectarás a una existencia inspirada en hechos reales: la tuya propia. Con el fin de aumentar tu poder vital, quizá te sientas tentado de sortear los escollos que se te presentan en la vida real y que, como el ave fénix, vuelven a aparecer cada día que nos da Dioniso.

A lo lejos identificas la silueta del camarero, que, portando una bandeja sobrecargada, va dejando las bebidas de mesa en mesa. La tuya forma parte del convoy.

«Nunca es tarde para quien nada espera», te sonríe Albert Cossery,[8]

sentado en una mesa imaginaria. El hombre de negro te sirve por fin lo que has pedido y, acompañándolo de unos tristes cacahuetes, lo coloca en el velador de mármol. Le pides un cenicero, pues esperas fumar al aire libre antes de que algún cliente llegue y te vea sacar el mechero como si de un kaláshnikov se tratara.

Al final te has decantado por una copa de *irancy*. Visiblemente curvilínea, llena hasta el primer tercio, la giras en el hueco de la mano y observas cómo el alcohol vuelve a descender despacio por las paredes. La capa es púrpura tendiendo a granate; el aroma, afrutado. El *irancy*, resultante de las variedades de uva *pinot noir* y *césar* –cepa esta última que se remonta a los galos–, lleva el nombre de la ciudad natal de Jacques-Germain Soufflot, arquitecto del Panteón, esa tarta de piedra nacional recubierta de una *ganache* de calidad superior que no se encuentra muy lejos de esta terraza. Este vino seductor, rico en taninos, contiene notas de grosella negra, cereza, frambuesa y, en ocasiones, mora. Su estructura es firme y robusta, y su aroma floral evoca el regaliz o la pimienta. Una personalidad indiscutible que te invitaría a pedir una porción de *cantal* o de *chaource*. Siempre que el pan estuviera a la altura, claro.

Las armas están sobre la mesa. Ahora te toca a ti. Entonces, copa en mano y ojo avizor, cambias de opinión y te colocas bajo el cenador.[9] Te acomodas en los márgenes, observas esa puerta entreabierta que te llama.

Y miras.

Con el primer trago acabas de cortar la cinta de inauguración y todo aquello de lo que habías huido vuelve a ti. ¿Cómo no aludir aquí a esos borrachines tránsfugas que se pasaban al otro lado de la sed para cambiar su percepción de lo inexorable? Cuando uno es incapaz de reconstruir por sí solo una civilización mal desmoldada, lo único que puede hacer es bailar a su propio son. En lo profundo de esas horas alcoholizadas en las que supuestamente se desvelaban verdades inencontrables, ¿qué pensaban de sus obras?, ¿de ellos mismos?, ¿de la existencia? Hoffmann, Musset, Émile Goudeau y los Hidrópatas,[10] London, Carco, Allais, Fitzgerald, Faulkner, Lowry, Styron, Tennessee Williams, Pessoa, Joseph Roth, Ellroy, Durrell, Beckett, Bukowski, Sagan, Duras. ¿Sucumbió Poe, acosado por los espectros, a un episodio de *delirium tremens*? ¿Pidió Chéjov una copa de champán en su lecho de muerte? ¿Se suicidó Guy Debord un día que estaba sobrio? Aunque Verlaine no tiene rival, ¿qué pensar de los aguardientes de Rimbaud en la taberna de los Vilains Bonshommes;[11] de los coñacs con absenta de Toulouse-Lautrec; de los whiskies con turba de Stevenson; de los mojitos de Hemingway en La Habana; de los vinos blancos de Joyce, que odiaba el vino tinto, al que llamaba *bistec licuefacto*; de los armañacs de Apollinaire, que rompía las copas igual que rompía a reír;[12] de los whiskies puros de malta de Dylan Thomas o de los bourbons Wild Turkey de Jim Harrison? ¿Será el alcohol la tinta de la oralidad? «Un pupitre para mis escritos con varios frascos llenos de ese jugo divino de septiembre», pedía Voltaire.[13] Si estos renegados de la banalidad hubieran podido cruzarse en el tiempo o en el espacio, seguro que se habrían reconocido.

¿De qué habrían hablado Joyce y Pessoa bajo esta alameda de plátanos después de desayunar? ¿O Hemingway y Bukowski, en esa barra llena de rayones a la una de la madrugada? Te imaginas

entonces un diálogo entre Jack London y Marguerite Duras, entre Arthur Rimbaud y Samuel Beckett, entre Alfred de Musset y Guy Debord. Eres invisible y estás plantado junto a su mesa, escuchándolos.

El aperitivo es un centro de gravedad apátrida hecho para alejar las consignas castradoras. Es ese purgatorio entre el día y la noche, entre la noche y la muerte, un embrollo cerebral en el que nada existe con plenitud, en el que lo que se pronuncia nunca llega a aseverarse ni tampoco a desmentirse. Un combate a cámara lenta entre uno mismo y su imagen ideal, la que le confieren los demás. No te embriagas para perderte, sino para encontrarte; no para olvidar, sino para recordar.

Ya va siendo hora de sacar la pequeña *moleskine* del bolsillo interior. Mírate: aduanero y contrabandista. Ahora podrás salvar tus viejos abismos.

A medio camino entre la agitación y la calma, te das cuenta de que los ecos del día se van apagando poco a poco. Tu cuerpo, en movimiento en el tiempo e inmóvil en el espacio, parece haberse convertido en el punto de fuga de tu historia, una especie de continente interior maculado de cicatrices psicológicas, plagado de fieras somnolientas a las que intentas ahuyentar con fogatas difusas.

Comienzas a tomar notas. Una joven rubia te observa por la diagonal superior derecha. Te sonríe con discreción; le devuelves la galantería. Seguramente se imaginará que inventas mundos fantásticos, que la profundidad de tu espíritu alcanza simas insondables. Qué equivocada está.

Aunque una forma de seducción refleja te impulsa a cultivar esa ambigüedad, eres el único que sabe que no piensas en nada, en nada en absoluto. Sólo eres un cliente que espera a que algo se le venga a la cabeza, que ansía conectar con algo más grande que él. Bajo tu lengua flotan embriones de frases que sólo tú entiendes. Puedes callártelas, pensar en ellas en redondo o en oval, o no pensar en nada, aguardar pacientemente que la eventual oleada de imágenes te acabe arrastrando.

Pensar en soledad es darle un beso a un espejo sin fondo ni oponente. Ciertas ideas se impondrán a tus ganas de no hacer nada,

pero aún no sabes cuáles. Una idea se explota como una mina de diamantes más o menos puros. Al acecho de las pepitas en mitad del río, tamizas la opacidad que viene a tu encuentro y, por lo general, liberas la grava como si fueran rutilantes truchas todavía jóvenes para el consumo.

Dejas el bolígrafo en la mesa y coges unos cacahuetes.

Te vuelves a mojar los labios.

Aunque en algunos barrios se ven grupos sentados alrededor de un grifo de cerveza desde la hora a la que los niños meriendan, lo ideal es que el aperitivo se tome entre las seis y las siete, momento en que la gente sale del trabajo para volver a casa, hecho que constatas en esta acera. Las mordazas administrativas nunca han casado bien con la plenitud, y el superego colectivo siempre ha obstaculizado la búsqueda de los paraísos perdidos.

Son muchos los escritores que, en contra de los códigos establecidos, han experimentado la vida burocrática. Y, aunque durante un tiempo dependieron del goteo financiero del salario, como buenos espíritus libres acabaron por dejarse llevar. Se abre así una brecha que, desde san Agustín hasta Rousseau, se remonta probablemente a las *Confesiones*.

En 1731 Rousseau entraba a regañadientes en el registro catastral de Chambéry por mediación de madame de Warens: «He dimitido. Estaba empleado en la comisión senatorial de conquiliología y he renunciado a mi cargo. Sobradamente he visto la manifiesta propensión de los otros miembros del Gobierno a impedir que levantara la voz».[14] En 1817 Pushkin ingresaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores de San Petersburgo, pero, como prefería la poesía, sólo duró allí tres años. En 1837 el joven maestro de escuela Henri David Thoreau renunciaba a su puesto tras varios meses de buenos y leales servicios. En 1860 un joven bachiller llamado Stéphane Mallarmé se convertía en funcionario del registro de Sens, aunque no tardaría en huir de allí. En 1920 William Faulkner, recién salido de la Universidad de Misisipi, encontraba un empleo alimenticio –que más adelante ejercería Charles Bukowski– para poder realizar su obra: jefe de correos, «un oficio fastidioso, aburrido y sin interés alguno», según él mismo. Al parecer, el joven William mató el tiempo jugando al

bridge, escribiendo poemas y bebiendo. Anticipándose a la sanción, presentaría su dimisión en octubre de 1924, en el preciso momento en que Breton publicaba su *Primer manifiesto del surrealismo* y en que Hitler, encarcelado en la prisión de Landsberg, redactaba su libro de la muerte.

Como subtítulo a tu ensoñación, William te pide que lo admitas en ella compartiendo un pasaje de *¡Absalón, Absalón!* De nuevo alzas la cabeza por encima de los transeúntes, que continúan pasando sin descanso por delante de ti, y le haces el favor: «Porque dejamos tan poco rastro, ¿verdad que sí? Nacemos, probamos una cosa y, sin saber muy bien por qué somos los únicos que lo intentan, seguimos esforzándonos. El caso es que nacemos al mismo tiempo que otra mucha gente, todos enmarañados, todos queriendo e intentando mover los brazos y las piernas, pero sin conseguirlo porque los hilos que nos unen se han enredado, como si cinco o seis personas intentaran tejer una alfombra en el mismo bastidor cada cual con el propósito de bordar su propio dibujo».

Si bien Faulkner era un bebedor ocasional, ocasiones no le faltaban. Para retenerlo un rato a tu lado, coges la copa en la palma de la mano como harías con un gorrión herido y te la llevas a los labios.

¿Por dónde ibas? Ah, sí, por el trabajo forzado como negación de la existencia. Dado que el nivel del líquido desciende lentamente en tu copa y tienes tiempo, un paseo con botas por la nieve zarista te vendrá bien para estirar las piernas. Nuestros bebedores de vodka no tienen nada que envidiarle al *hombre superfluo*, arquetipo imprescindible de la literatura rusa.

Veamos el asunto de cerca.

En 1836 Gógol fue el primero en denunciar en sus novelas la psicología de los laberintos jerárquicos de la Administración. En *Un héroe de nuestro tiempo*, publicado cuatro años después, Mijaíl Lérmontov convertía a Pechorin en su *hombre superfluo*, un joven romántico y desengañado cuyas ideas no son aplicables en la sociedad: «Tengo la pasión innata de contradecir a la gente; toda mi existencia se reduce a una serie de contradicciones desafortunadas entre mi corazón y mi cerebro». Un personaje al que Turguénev refrendaría al

cabo de diez años en su libro epónimo *Diario de un hombre superfluo*. En él, Chulkaturin, comparándose con una ardilla en su rueda, hacía un retrato satírico de una sociedad nociva. Posteriormente, en 1859, surgiría el gran Oblómov, ocioso aristócrata de San Petersburgo cuya única ambición era pasarse la vida en un diván. Ya que prefería *no* vivir, por miedo a equivocarse y alienarse, no habría tenido que desertar de un mundo al que –al contrario de Bartleby– nunca había estado sometido. Todo esto para decir que el término *nihilismo* sería inmortalizado por Turguénev en boca de Vasili Ivánovich Bazárov, antihéroe de *Padres e hijos*, que huye de toda imposición política, moral o religiosa. «El trabajo debe ser maldito, como enseñan las leyendas sobre el paraíso, mientras que la pereza debe ser el fin esencial del hombre», declarará Malévich[15] en 1921.

No obstante, la cuestión del trabajo facultativo podría debatirse.

Estás de vuelta en la terraza, el Transiberiano te ha traído hasta aquí con los pies congelados. No vale la pena insistir: no eres un antihéroe, sólo un diletante que trabaja como los demás.

Lo sientes, tu ser se expande, se densifica poco a poco, y los ingredientes que creías retener en tu interior ahora bordean los márgenes de tu conciencia. Ha llegado el momento de colarse en el terreno de la imaginación.

La imaginación, ese planeta ausente, ese vapor invisible que cobra forma en el cráneo para hincharse hasta el infinito. Su genio, que se ha evaporado de tu lámpara maravillosa y viaja a lomos de la mirada a la velocidad de la luz, también abarca el espacio visual que te rodea, desde el mobiliario urbano hasta los árboles, las nubes y los transeúntes.

Sabiendo que recorrieron este bulevar cogidos del brazo hace casi un siglo, entornas los ojos para reconstruir la imagen desaparecida de Hemingway y Fitzgerald borrachos perdidos cruzándose cumplidos a grito pelado para intentar decidir cuál de los dos era el mejor escritor del mundo: «Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo sin que me gustara nada ni nadie, pero perpetuando la vieja y vacilante pretensión de que sí lo hacían. Me di cuenta de que hasta el amor que sentía por mis allegados se había convertido en un mero intento de amar, de que mis relaciones informales –con un director de periódico, un vendedor de tabaco, el hijo de un amigo– tan sólo eran lo que yo recordaba que debían ser, de otro tiempo».

Una grieta.[16]

Vuelves a la terraza. Ahora has de pasar desde dentro hacia afuera, de lo centrípeto a lo centrífugo. A fin de cuentas, no tienes otra cosa que hacer que inspeccionar los alrededores, ver pasar la civilización.

Pronto saciarás esa serena inquietud que te caracteriza disfrutando

de los sainetes humanos que se te presenten. Giras la cabeza a la derecha y descubres a tus vecinos, que estudian la carta con interés. Te giras hacia el otro lado y reparas en que otros comparten una tabla mixta de embutido y queso.

Te asalta una pregunta: ¿y si toda la violencia del mundo residiera en el estómago, ese barril sin fondo responsable de la avidez universal? ¿Qué otro culpable sino esos jugos gástricos que impiden que se calme nuestra hambre voraz? A falta de poder extirpar ese órgano insaciable, ese lactante interno, ese tiburón omnívoro, la ciencia debería esforzarse al menos en suavizar el proceso. Y, si de violencia se trata, cualquier sociólogo recién graduado podría igualmente meter en el saco el aparato reproductor, pero tendría que desarrollar tanto el tema para su esclarecimiento que no bastaría con una sola vida.

LOS DE LAS OTRAS MESAS

Era de esperar: una tribu escandalosa acaba de instalarse a tres mesas de la tuya. Han venido a engrasar la maquinaria social que los mantiene unidos. Son once: seis mujeres y cinco hombres; seis personas de pelo moreno, dos rubios, una pelirroja y dos calvos, uno de ellos afeitado. Montan el campamento, arrastran las sillas ruidosamente. Los oyes criticar a los que no han venido y sin querer te enteras de lo que piden: tres *spritzs*, dos cervezas de trigo, dos copas de vino tinto, dos de blanco, un zumo de tomate y un agua mineral.

El aperitivo de grupo, normalmente ligado a la juventud y a la alegría, comporta aspectos sociológicos que casi siempre lo revalorizan. ¿Cómo inventar una nueva distancia entre la infancia y la edad adulta? En lo que respecta a los cálculos profesionales o afectivos el humor siempre garantiza cierta popularidad como poco. Sonreímos, reímos, nos chinchamos, reñimos, humillamos amablemente a los que interpretan papeles secundarios. Hacemos alusión a su nueva indumentaria o les sonsacamos sus próximos viajes. Con ayuda del alcohol, las voces ganan en seguridad y pronto las palabras, desplegándose cual tentáculos de hidra prudentemente replegados bajo las máscaras entreabiertas, se adelantan a los pensamientos.

¿Cuánto hace que se conocen? ¿Son compañeros de trabajo que vienen a relajarse después de la jornada laboral? ¿Miembros de un club filatélico suizo? ¿Becarios que reciben formación culinaria? ¿Alumnos de un departamento de Pensamiento Crítico recién inaugurado en Science Po?[17] ¿Quién acaba de recibir una buena noticia y quién llora la muerte de un ser querido? ¿A quién le van a extraer sangre mañana a primera hora? ¿Quién ha pasado la noche en vela o está incubando una gripe? ¿Quién se ha acostado con quién o lo hará esta noche por primera vez? Esa pareja de ahí, ¿son hermanos o sólo están juntos porque se parecen? ¿Quién está incómodo, pensando

en otra cosa o deseando largarse de allí? ¿Quién tendrá que irse dentro de veinte minutos para acudir a una cena en el norte de la ciudad? Nunca lo sabrás.

Ahora se hacen fotos de dos en dos o de tres en tres, un acontecimiento aparentemente festivo que parece reavivar los ánimos. *Togetherfies*. ¿Hacen muecas en señal de rebelión? ¿Y a santo de qué hacen el signo de la victoria? Victoria sobre la soledad, seguramente. Piensas en esas colecciones de imágenes que cada milésima de segundo se toman sobre la faz de la Tierra, en ese cliqueo constante para capturar curvas y ángulos, tanto de día como de noche, desde Nueva York hasta Tokio, desde Anchorage hasta Buenos Aires. Un modo, para los insectos digitales en los que nos estamos convirtiendo, de registrar el espacio-tiempo. Una humanidad de fotógrafos que congela el mundo como si le hubiera perdido la pista.

Aunque sepas que la vida exterior no salva de nada, te apasiona observarla. La realidad te recuerda que no eres el único que está solo. Si para Cioran la soledad es un afrodisíaco para el espíritu, para Alain la duda es la sal. Probablemente tú tengas la tensión alta.

Ha llegado el momento de apartar la mirada y de regresar a tu metro cuadrado para proseguir tu paseo. Mientras los niños se lavan los dientes y los anticuarios rinden al máximo, diluirse en lo que queda de tarde parece un plan más que aceptable. Cual burlón espectador de la incipiente embriaguez que empieza a apoderarse de ti, te aprovechas de ese continente de emergencia que relega el tiempo al fondo de tu reloj.

Es una hora en la que la globalidad del mundo se transforma en libro abierto, en la que tus convicciones se materializan en la opacidad de ese espectáculo en vivo que te está llamando. Sin preguntarte si tu soledad es la de un narrador o la de un lector, te dispones a abandonar la terraza para interesarte por los transeúntes que se apresuran, como los libros cerrados, hacia destinos misteriosos que tal vez ni siquiera hayan previsto. Y, aunque su marcha parece encaminarse hacia un punto de fuga imaginario, nunca sabrás de antemano, créeme, qué secuencias se desarrollarán en esta acera.

Louis-René des Forêts, ese gran charlatán,[18] circula entre las mesas

y, tras acercarse a la tuya, te guiña el ojo sin que nadie lo vea: «Era grato pensar que podría entregarme con total tranquilidad al placer de contemplar algo en vivo sin necesidad de intervenir; lo único que deseaba era recluirme en un rincón rodeado del humo del tabaco, la música y las risas, pero a solas, para observar ávida y lúcidamente un espectáculo lleno de vida en el que me gustaría no tener que participar».

Ya está lejos, espera en el semáforo para cruzar. Junto a él hay una anciana cuyo perrito blanco le olfatea los bajos del pantalón sin que se dé cuenta. Apagas el cigarrillo y, sin saber muy bien por qué, te acercas despacio la copa asiéndola por el pie.

CINEMASCOPE

Aunque resulta imperceptible bajo tu máscara neutra, estás en el cine. Para otorgarle sentido a este caos, lanzas los ojos como si fueran anzuelos. Del primer plano a la lejanía, empiezas a pescar con caña, o con sedal, prefieres decir. En tu visor, varios desconocidos cargados con mochilas psíquicas atraviesan un campo visual bañado en la luz del atardecer. Algunos no te ven o fingen no hacerlo; otros, por el contrario, te miran con desprecio de manera mecánica y luego desaparecen sin haber tomado nota de tu existencia ni haber levantado el telón que los protegía de tu amistad.

Con la melena al viento, una estudiante que se cree muy mujer se cruza con un joven mendigo harapiento que no parece saber que va descalzo. A continuación, una mujer muy respetable recoge la pequeña escultura pop que su perro acaba de crear en su honor; no ha visto a ese niño que tropieza justo detrás de ella y se levanta llorando. Por la izquierda entran en escena dos hípsteres cogidos del meñique que rozan a su vez a una madre de familia que empuja un carrito con trillizos. Ésta luce una máscara triunfante que debe de expresar la tranquilidad de haber creado a unos personajes de carne y hueso. Un octogenario con unos pantalones cortos de cuero sintético la adelanta peligrosamente en su patinete eléctrico. Reconoces a tu profesor de Literatura Francesa Antigua en la Sorbona con auriculares, de quien te habían dicho que se había jubilado. Sus piernas, bronceadas y apergaminadas, son las de una garza. Se lo ve contento, así que bebes un trago a su salud. La madurez, esa edad en la que hace un siglo se moría la gente, parece haber abrazado la vida preadolescente fingiendo desconocer que el hábito no hace a la célula. Sin embargo, todas las opciones, ya sean ingenuas o cómicas, son válidas si prima la tolerancia.

La espera se prolonga y no ocurre nada digno de mención. Ah, sí, el

azar te ha hecho mentir. Pasa un eclesiástico que se da un aire a Charles Laughton. Tu espíritu se abalanza tras la estela de una sotana tan descolorida como desgastada que, cargada de valores milenarios, parece ir purificando el oxígeno. El clérigo, envuelto en su fe, se mete en un taxi. Primer plano de un detalle *hitchcockiano*: el bajo de la sotana se le engancha en la puerta. Le haces una seña que él no ve a través del cristal. ¡Lástima! Hará el viaje sin haber reparado en ella.

Observas cómo el taxi se funde con el tráfico. En el bulevar los vehículos se cruzan sin interrupción. ¿Por qué los humanos se desplazan en aspiradores gigantes? En muchos ámbitos, los programas informáticos parecen haber formateado la estética del mundo. ¿En qué desguaces de provincia se oxidan en este momento los modelos de última gama del 2CV, el Ariane Chambord, el Aronde, el Dauphine, el 404, el AMI 6, el DS, el 4L, el Fiat 500, el 4CV, el Panhard, el Simca 1000, el Ford Mustang, el Méhari, el Jaguar E-Type, el *Escarabajo* o el Austin Morris, con esas carrocerías metálicas que parecían auténticas caras? Sí, has dicho bien: *caras*. «La cara es el espejo del alma», escribió Cicerón,[19] mucho antes de que Leonardo se convirtiera en una autoridad en la materia.

Te llega entonces al oído un zumbido sordo que no aciertas a identificar. Justo cuando te estás preguntando si habrá algún dragón chino cerca, surge una lava homogénea y compacta de patinadores. Aunque tu curiosidad natural te incita a examinarla, no sabes ni adónde mirar: grandes, pequeños, gordos, flacos, coloridos, fluorescentes, abrigados o con poca ropa. Estás seguro de que la colada dejará de fluir en el cruce, pero el chorro te parece interminable. Una procesión catártica que agota su saldo de energía con el fin de dormir a pierna suelta. Las cosechas musculares de la finitud.

¿Te imaginas que todos esos individuos que llevan un rato pasando por delante de la terraza tuvieran la única misión de distraerte? Figurantes que se habrían levantado para participar en una representación sin límites. Una maquinaria gigantesca regulada como una sinfonía de Mahler sólo para ti; un fresco animado del que tú serías el hazmerreír.

Vértigo.

Regresando a los valores universales que la incongruente aparición de ese cura te ha traído a la cabeza, te inclinas a pensar que en un mundo sin deshonestidad no habría ni verjas, ni candados, ni portillas ni códigos de acceso. Frente a esos dispositivos coercitivos que pulverizan el espacio social –sobre todo, los de los aeropuertos, que consumen una exagerada cantidad de tiempo–, debes admitir que esta proliferación exponencial es la consecuencia directa de ciertas fábulas sacralizadas por unos escribas oscuros que, aunque llevan muchos siglos muertos, intentan gozar de tu perdición. Esos relatos místicos no cuentan con el respaldo de una larga cadena de transmisión y sus herederos no van a intentar impedir que alcances tu plenitud, ya que ésta les resulta tan ajena como inaccesible.

A propósito del aeropuerto: pingüinos de terminal que pasáis cual penitentes por los detectores de la ansiedad, ésas son precisamente las ridículas historias que os obligan a desfilar en calcetines, sin cinturón ni objetos personales, sí, a vosotros, ante esas dos *pin-ups* uniformadas que, discretamente, os miran con aire socarrón.

Te vienen entonces al pensamiento esas películas de aventuras de los sesenta y los setenta en las que el protagonista va persiguiendo a alguien y, como llega con retraso al Caravelle,[20] franquea alegremente –pies juntos y maletín en mano– esas irrisorias puertas. Eso sí, no sin antes haberles echado a esas azafatas con moño y traje sastre un gratificante piropo por el que hoy día probablemente lo habrían linchado.

Toc toc badaboum.[21]

Para suavizar la caída, algunos se inclinan hasta la humillación ante su amigo imaginario. Tú, con las piernas cruzadas, no esperas nada; no se te ocurre pedirle permiso al aire fresco que respiras. Un ídolo puede subyugarnos, pero el viento escapa a cualquier yugo.

DE ESPALDAS AL ESPEJO

Tienes la impresión de que eres el actor de una película sin celuloide que nadie más verá salvo tú. En un exilio mitológico por los alrededores de tu ser, visitas una región interior en la que, sorbo a sorbo, las palabras se vuelven indescifrables. Y no todos los silencios dicen lo mismo.

El aperitivo consiste en sentarse frente al mar de Iroise, en ver pasar el tiempo transcurrido y el futuro. Y de este último ya no te queda mucho. Atraído por el susurro de las hojas de unos castaños de Indias en los que no te habías fijado hasta ahora, te das cuenta de que vas a tener que comparecer. De manera inminente. Tarde o temprano, el tiempo fortuito del aperitivo anima a quien a él se entrega a hacer examen de conciencia para encaminar su vida. También nos permite recordar nuestros logros y fracasos. Lo que aún podríamos conseguir y lo que queda fuera de nuestro alcance.

Por el momento, te atontas placenteramente y tu sosiego transitorio aprovecha para arbitrar un cara a cara entre lo que te resta de energía y esas fantasías moribundas que no se dan por vencidas hasta el último momento, salvo las de ganar Roland-Garros, entrar en la Pléiade o casarte con Audrey Hepburn.

Ya hace tiempo que olvidaste ese proyecto de *Don Quijote* con Daniel Emilfork y Jacques Dufilho, esa carrera de sacos en la place de Furstenberg entre Juan Carlos Onetti y Elias Canetti, desaparecidos el mismo verano, o incluso esa marcha blanca contra la licencia poética que habría debido unir el Café de Flore al Deux Magots. ¿Y qué decir de esa tesis sobre la procrastinación que iniciaste hace veinte años y que nunca has conseguido acabar?

Escudriñas la materia vagamente lunar de la ceniza de tu cigarrillo y te rindes a la evidencia: son pocos los sueños que has cumplido a causa de tu falta de tenacidad, de lucidez, tal vez de suerte. Es el

momento de preguntarte si te subiste al tren debido y no lo dejaste pasar de largo, en cada amor, cada país, cada acto pasado, por culpa de un cambio de agujas o de un jefe de estación que estaba echando la siesta en ese preciso instante. Sabes que la esperanza no siempre cumple lo que promete, tan cierto como que la nostalgia de los orígenes no se disuelve en la embriaguez.

«Hay metáforas que son más reales que la gente que anda por la calle», decía el lisboeta.[22] Te das cuenta de que tienes el cordón izquierdo desatado. Mientras te agachas para atártelo, no se te ocurre ninguna metáfora para semejante nimiedad.

La sangre se te sube un poco a la cabeza y no tardas en enderezarte. Las nuevas imágenes, transportadas por esas centésimas de segundo que acribillan tu pereza a toda velocidad, se hacen de rogar. La historia de cada uno es una filmoteca apagada, un mundo intermedio poblado de fantasmas que quizá vienen a esclarecer el presente. Intentas visionar las mejores secuencias con la esperanza de volver a ver aquellas en las que tú eras el protagonista y que eso te infunda valor. El recuerdo permanece inoxidable hasta que el cerebro se oxida.

Entonces, en respuesta al silencio, toca brindar con los amigos muertos.

Cuando un amigo desaparece, una parte de tu vida se derrumba y se lleva consigo esos momentos pasados que no podrás compartir con los actores de tus otras vidas, tan numerosas. Una intimidad secreta de la que tú eres el único depositario. Todos esos instantes perdidos, esas palabras evaporadas, esas amistades enrarecidas, esos amores desconchados, esas alegrías disipadas, esos viajes que se han desteñido en las fotografías. ¿Te acuerdas de haber arreglado el mundo inocentemente con cómplices cuya cara y cuyo nombre olvidaste hace mucho? Entre música y poesía, entre embriaguez y seducción, ¿qué queda de esos ágapes, de esas direcciones olvidadas, con sus correspondientes códigos y pisos? ¿Qué queda de esas innumerables discusiones que hoy ya no serías capaz de resumir?

En cualquier caso, piensas dejar que las imágenes te transporten adonde quiera que vayan. Cierras los ojos.

Estás en la barriga de tu madre, quien, cada noche, a petición de

Raoul,[23] transcribe los imprecisos diálogos de *Y Dios creó a la mujer* para las tomas del día siguiente, y oyes a lo lejos el repiqueteo de la Remington. No: tienes siete años y te encuentras en una terraza de gravilla en la rue Sébastien-Bottin[24] con tu hermano pequeño. Perdidos en un bosque lleno de ancianos que hablan de literatura, os divertís estorbando el paso a los camareros, que, vestidos de blanco, salen de las cocinas cargados con bandejas de aperitivos. No: tienes diez años y acompañas a tu padre por los pasillos de Joinville o de Billancourt[25] entre el olor agrio de los rollos de película y el ruido de las máquinas. No: ha pasado el tiempo. Nieva en tu boca. Tienes la cara y las manos heladas y estás suspendido en un telesilla parado que se balancea en silencio por encima de los pinos. No: estás bebiéndote un ron macerado con jengibre en el Pitón de la Fournaise, que escupe su lava nocturna.[26] No: a la caída de una tarde de verano, estás sentado a solas en un banco de madera viendo derretirse los cirios de una iglesia toscana. No: vas bajando el Dordoña en kayak con tu pareja acordándote de la película *Defensa*. No: has invadido la azotea de la torre Saint-Jacques, cuya llave posees, y tus amigos y tú descorcháis botellas de champán a la luz de las velas. No: deambulas por las catacumbas a las tres de la mañana y, antes de ir a bañarte en la capa freática, te arrastras por el estrecho túnel que lleva a la sala Z.[27] No: estás en el palmeral de Marrakech dejándote torturar con gusto por la masajista marroquí de Sean Connery. No: estás pescando erizos de mar en alguna cala de Formentera, buceando desnudo, para comértelos en las rocas a la puesta de sol regados con un *muscadet*. No: frente a las olas rompientes de un pueblo perdido del Finisterre, engulles un crep con vieiras acompañado de un cuenco de sidra. No: en el macizo del Morvan, cocinas al fuego una sartenada de setas al ajillo mientras escuchas «La nuit je mens». No.

El velador sigue ahí, nada se ha movido. La única novedad es tal vez esa otra copa que el camarero acaba de dejar en la mesa sin que te des cuenta. Vaya si has estado ausente.

Estar ahí sentado de ese modo, abstraído con una libreta en mitad de la existencia, es una situación extraña. Prácticamente te sientes un desecho. Sin duda consideras que estás lejos de tu vida, que has

pasado de largo esa franja de arena blanca que la infancia te tendía. No sabes si has fracasado, porque, en el fondo, ni tú ni nadie sabe lo que es una vida satisfactoria. Realmente satisfactoria, añades, y no triunfante. Y la perennidad no cambiaría nada. A pesar de la savia que te han inyectado los libros, hay días que te parece que no eres más que una vieja carrera en las medias que cae como un acordeón sobre el tobillo de Zeus, tú que, a estas alturas, deberías combatir a los dragones con tu hacha, cortocircuitar los rayos con las manos desnudas o cantar *La traviata* hasta quedarte sin aliento, abanicado por tres vestales sobre una alfombra voladora. Y, si fuera necesario, efectuar un *run* de *speedflying* con un traje fluorescente por el macizo del Dévoluy mascando gominolas de propóleo.

Te conformas con saborear esta copa de *irancy*, con la mente en blanco y sin embargo lista para saltar en cualquier momento, como un tendero nocturno que cabecea en su taburete de formica.

¿Qué ha sido de aquel aventurero que, sin escatimar esfuerzos, remaba contra viento y marea en tu interior? Vivir, recuerdas, era ese momento en que uno se olvida de sí mismo, en que ríe sin darse cuenta. Aunque la ecuación existencial se complica año tras año, esta tarde has decidido apoltronarte en esta silla con el fin de perpetuar algo en ti. En medio de esa gravedad alegre e inofensiva que te caracteriza, ¿escuchas el murmullo imperceptible de las golondrinas, ese que de niño te electrizaba el cuerpo? Las mismas golondrinas que, a pesar del entumecimiento que se va apoderando de ti día tras día, albergan la secreta esperanza de hacerte revivir aquellas sensaciones. ¿Sientes la levedad de ese verano eterno, de esa leche con menta que frecuentan las avispas y que, en forma de ínfimos vestigios, dormita en el fondo de tu memoria?

TUS MANOS

Para cambiar tu centro de gravedad y descansar de ti mismo, cruzas y descruzas las piernas de manera mecánica. Te dispones a mirar al cruce, pero tus ojos se posan en esas manos que duermen plácidamente sobre tu muslo y cuya sabia misión es la de asir una copa medio vacía, sumergirse en un cuenco de cacahuetes o sacar un cigarrillo de ese horrible paquete negro cargado de culpabilidad. Unas manos académicas y disciplinadas cuyo dedo corazón se manchó de tinta Visor Pen, Sheaffer o Waterman para garabatear sus primeras letras sobre unas partituras. Unas manos que hicieron pelearse a los caballeros Bayard y Du Guesclin; que, en la penumbra del teatro de títeres del Luxemburgo, aplaudieron a Guiñol y a Gnafrón cuando éstos apalearon al policía. Unas manos que también se mancharon con el pistilo de las flores de hibisco de los jardines de Anfa; que confeccionaron pequeños paracaídas con las flores malvas del plumbago, o pelucas regias con las buganvillas que arrancaron de alguna pared encalada. Unas manos que recogieron alcaparras y grosellas, membrillos todavía ácidos y caquis despachurrados. Las mismas manos que después torcieron brazos en el patio del recreo, pararon balones, sacaron punta a los lápices con una navajita, dejaron escurrir la arena caliente entre sus dedos y vieron bajar el zumo de melocotón por sus muñecas. Unas manos que, durante esos peloteos interminables bajo un sol abrasador, sostuvieron con firmeza el resbaladizo mango de tu *donnay* para ajustar los *passing shots*; que, rodeadas por el humo del combustible y las salpicaduras de las olas, se aferraron a la fría barandilla de algún ferri británico, italiano o griego; que dieron bordadas en los catamaranes o a las que las cuerdas de una guitarra les marcaron las yemas. Unas manos que cambiaron de marcha con autoridad por las carreteras comarcales, abrieron moluscos con cuchillos de hoja corta y descorcharon botellas de

champán. Unas manos que se deslizaron por entre los rizos sedosos de alguna amante que llevaba mucho tiempo casada con otro.

Esas manos fieles que pasaron de Tom Sawyer a Bartleby te han seguido hasta esta terraza para emprender la serena batalla de la durabilidad. Unas manos que, la mayor parte del tiempo, cliquean sobre un trozo de plástico picando frases como quien pica piedras en Cayena.

A la espera de la agenda del día siguiente, los dedos de esas manos reposarán un día sobre tu torso de caballero. Es cierto: aún no sabes nada de la caída hacia la que se precipita lentamente ese saco de piel que siempre ha consentido tus calaveradas. No sabes de antemano qué flores integrarán tu corona fúnebre ni quiénes de tus allegados te estrecharán en sus brazos o se abrazarán a sí mismos para calentarse las manos antes de retroceder disimuladamente porque adonde vas no podrán seguirte.

Estás siendo ridículo con ese pasado que ya no quiere volver a verte. San Agustín frunce el ceño: «"¿Qué hago con mi vida?", se preguntan todos aquellos que no desean abandonar la infancia y que no se dan cuenta de que es la niñez la que los ha abandonado a ellos».[28] A pedradas imaginarias, intentas alejar de ti la naricilla húmeda de esa nostalgia, de ese perro callejero y fiel que se empeña en hurgar en los escombros de las horas que huyeron. Sin la menor inquietud, los recuerdos se erosionan como acantilados que acaban cayendo en mitad de un oleaje habitado por cangrejos. Y esa copa que tienes ante ti no es más que un alegre espejismo. Permaneces tranquilamente a la espera con la única opción de hidratar estas preguntas aleatorias. Y, en cierto modo, te burlas de ellas.

Vuelta a la realidad. A diez grados a tu izquierda, una pareja se pelea por lo bajini. Comoquiera que todo lo que se sale de la norma te intriga, observas la escena atentamente hasta que la mujer le tira al hombre el *spritz* a la cara, se levanta y se marcha. ¿Acaso el desdichado habrá citado a Franz Liszt? «Usted no es la mujer que me conviene, sino la mujer que quiero.»[29] ¿O a Oscar Wilde? «Echan a perder todas las historias de amor intentando que duren para siempre.»[30] Mientras el tipo se seca el borde de la chaqueta con una servilleta de papel que acaba de traerle el camarero, los clientes, entre desconcertados y burlones, retoman con calma sus respectivas conversaciones.

La desposesión amorosa. Con el tiempo, cada uno acaba por atarse al muro que lo levanta y lo sustenta. Ya habrás notado que, en la historia de las pasiones, armas de doble filo que pueden resultar mortales, en cuanto los lazos se aflojan, los sentimientos no tardan en malearse para convertir en un indeseable a ese ser maravilloso al que amábamos hasta hacía apenas unos instantes. Si suponemos que el ser idealizado es el único capaz de suplir eso que parece irreemplazable, la violencia de toda pérdida será siempre proporcional al déficit afectivo que generaba el sentimiento de posesión. ¿Cómo entregarse plenamente al otro y seguir siendo químicamente libre? Reconoces que el desapego es un repliegue de lo invertido, que su intensidad sólo depende de la amplitud del apego. Sí, igual que la sombra es sólo una deformación de la claridad.

El incidente provocado por esa pareja ha concluido y tu mirada se retrae como los cuernos de un caracol. Además, el hombre empapado se ha marchado sin esperar la vuelta. Un billete sujeto por su copa intacta ondea al viento.

Retomas el hilo de tus pensamientos. Repantingado con estilo,

animado por el ligero desarreglo de los sentidos que razonablemente acusas,[31] te ves en la obligación de plantear preguntas peliagudas. Ha llegado el momento de adentrarte en la recámara de tu mente, ese ejercicio tan sano para la circulación cerebral. Sí, es hora de tirar de la manta de las intenciones ocultas.

La poesía o es muy buena o es muy débil: no puede resolverlo todo por sí sola; a veces el panfleto y la sátira deben tomarle el relevo, aunque la repentina virulencia que te anima te haga pasar por quien no eres. Sabes que la ebriedad que buscabas y que empieza a embargarte nunca soportará el peso de los cadáveres gesticulantes de la vanidad.

«Dejad de ser niños sabiondillos. Sed presuntuosos, arrogantes y desagradables. El arte no es obra de gente educada y encantadora: es cosa de hombres dramáticos»,[32] Gombrowicz acaba de darte un empujón en la espalda. Stendhal pasa por la acera en un coche de punto y te grita por la ventanilla: «¡Las verdades ofenden!».

En efecto, se acerca el instante inminente de volver a librar tus batallas internas, de reavivar tu alergia a la finitud, de ratificar tu incompatibilidad con los fingimientos. Ha llegado la hora de buscarte enemigos invisibles. Serás despiadado porque eres altruista, porque tus víctimas han cortado la trayectoria de tu flecha, y no a la inversa. Sin embargo, sabes que las malas palabras no bastan si no van acompañadas del poder que las activa.

Por supuesto, preferirías evitar esas exasperaciones que acidulan la sangre, pero la libertad sólo se libera cuando no tememos ni a la soledad, ni al sufrimiento ni a la incomprensión. «Mi enfermedad es la distancia», confesaba un día Thomas Bernhard.[33]

El mar de garras en el que nadas no es precisamente una balsa de aceite. Llevas tiempo observando que, para impulsarse con las corrientes ascendentes, ciertos espíritus engreídos han desarrollado una curiosa dependencia de los testimonios gratificantes. Y cuando esos testimonios se vuelven necesarios es porque la conciencia no está tranquila. Una intranquilidad filosóficamente comprensible, aunque dirigida hacia una tierra firme que en realidad no va a hacer nada por ti.

Mientras deambulas entre la marea en busca de hermanos lobos, te das cuenta de que tú también te has refrescado en esos lugares de abundancia y de promesas. Cuando dos lobos se reconocen, resurge esa tierra firme informal que ninguna mueca engañosa sabría disimular. Aislados hasta dudar de su propio territorio, son los centinelas fieles y mudos de un castillo de cimientos imaginarios. Los lobos enseñan los dientes, pero te ponen la otra mejilla.

Desde el velador, tu libreta ve cómo te adentras en esa zona de turbulencias.

Fascinado por los espejismos de la celebridad, el oportunista obedece a una geometría variable tan inodora como indolora y plantea implícitamente la pregunta de en qué podría serle útil su interlocutor. Obsequioso con los fuertes y desdeñoso con los débiles, no se molesta en disimular ese deseo propio de un niño: el de creerse el centro del mundo y de ser objeto de toda atención durante el mayor tiempo posible. ¡Qué extraño es eso de autoproclamarse mejor conocedor del mundo que el resto de los mortales! ¿Este trastornado no es consciente de la sopa de sangre que corre en la oscuridad de sus venas bajo esos amenazadores agujeros negros que se disponen a succionarnos?

Ese animal mundano, secretamente temeroso de sufrir cualquier carencia material o narcisista, y cuyo único objetivo es ser admirado, casi nunca recula ante el compromiso. Proust, que dedicó su tiempo prepóstumo a describir la opacidad psicológica de este ser marginal, se acoda en tu mesa: «Al arte verdadero no le hacen falta proclamaciones y se realiza en silencio».[34]

Y son legión. Con la prensa por Iglesia y la sonrisa por incensario, los vemos coger número para la cola de la posteridad. Mientras rezan por su preservación en burbujas de polifenol, los vemos avanzar a modo de colonia no penitenciaria por esos lugares donde los perros pequeños olfatean a los medianos, y los medianos, a los grandes. Para repartir el «amigo mío» de rigor entre esos desconocidos cuya jalea real de pacotilla codician, algunos les sueltan todas sus mierdas a unas estatuas literarias que esperan educadamente a que el candidato cierre la maleta de estrellas que había abierto delante de sus narices.

A veces, en esta partida de ajedrez en la que todas las piezas están bien colocadas, nuestros aduladores, auténticos maestros del disimulo, recurren a la táctica del *compongo*.[35] La fotografía así lo atestigua. Falso semblante, sonrisa ávida…, a todas luces la cara que ponen ante

la cámara no le debe nada a Lévinas.[36] Los vampiros siempre sonríen antes de morder, probablemente porque la pata de cordero que les han puesto delante no está cocinada al ajillo. Observemos esos rostros durante una pausa, como recién llegados de una lejana región interior, ese terror inconfesable de no estar nunca a la altura que, mientras dura la foto, se afanan en disimular. ¡Con lo sencillo que sería ser sencillos! Que se dieran pequeños codazos para convalidar su *name dropping* fotográfico y que luego pensaran en voz baja: «Estoy dentro». Aunque ¿dentro de dónde?, te preguntas.

El superego colectivo te fulmina con la mirada, pero debes continuar. Entonces escuchas esas palabras que Bob Kaufman le dijo a su editor poco antes de morir: «Quiero ser anónimo, mi ambición es ser completamente olvidado».[37]

Muchos evacúan el vientre en público para vender su contenido. Tú pones lavadoras de ropa blanca sin que nadie te vea y sin quejarte.

Y hay otros que, apoltronados en su desfase, maquillan incansablemente esos viejos mitos rebeldes que consolidaron sus abuelos para cimentar sus dudas metafísicas. El sello oficial de la rebelión, unisex y de talla única, les permite pulverizar con eficacia el hueso que otros han tallado para hacerse unos dientes. Esos puñitos que, enrojecidos por la presión de una selección de indignaciones, se alzan a la luz catódica trazando molinetes son un privilegio. Tu gato es el mejor alertador de la presencia de cuencos vacíos en el edificio, pero nunca te pedirá la independencia. ¿Transgredir el principio de transgresión sin derrumbarlo todo?

Sonríes ante esta acometida.

De momento no hay más.

Te echas cinco cacahuetes en la boca.

Das un trago, das una calada.

Retomas el asunto. Otros candidatos idóneos, movidos por el temor de no alcanzar el punto máximo de su inestimable valor, se apresurarán a recibir unos honores cuyo punto de fuga son las caricias verbales y demás beneficios que supuestamente obtendrán después. En este vodevil de la cultura, todo parece tender de manera implícita a canjear certificados de altura con el fin de que otros nos engrasen los

engranajes del ego. Por estos diplomas de verticalidad, la sutil táctica del recién graduado seguramente sigue siendo la de hacer gala de su encumbramiento a la vez que trata de convencer a los demás de su modestia.

Te sientes tremendamente sereno y ligero.

Ni rastro de amargura, tan sólo una chispa de sal.[38]

Bien sabe el universo lo mucho que se afanan por darle sentido a su posteridad, que se pasan la vida intentando seducir a otros seres a los que les da igual porque sólo se preocupan de la suya. ¿Cuál es esa lápida olvidada sobre la que mearán los gatos y en la que algunos visitantes, que irán muriendo con el tiempo y cada vez serán menos asiduos, buscarán recogimiento?

Para propagar murmuraciones que descalifiquen a los reticentes, que enturbien el agua clara, sus batidas cortesanas se nutren de las liebres que nadie ha levantado aún. La mentira, al ser más fastidiosa de refutar que de afirmar, siempre circula más rápido que la verdad. Por eso quizá tu imagen se base en un malentendido, en un rasgo irónico malinterpretado o en un silencio distraído que se percibe como un asentimiento. Al contrario de la justicia, el rumor no necesita pruebas, por lo que cualquier palabra falaz correrá sin apenas hacer ruido en un abrir y cerrar de ojos. Cuando, como bienintencionado mediador, establezcas lazos de unión entre personas y resulte que son de la misma secta, más vale que renuncies a tiempo antes de tener que curarte la herida.

Dos patos salvajes cruzan el cielo de este a oeste en toda su extensión, algo tan inaudito en la ciudad que los acompañas con la mirada hasta que desaparecen. «Aves de paso», el poema de Jean Richepin.[39] Con una sonrisa en los labios, un niño resucita en alguna parte.

Buscando impresionar a sus semejantes en el gran mercado de la creación, los charlatanes alzan la voz delante de sus tenderetes. El artista por sus visiones, el escritor por sus análisis, el político por sus sistemas o el músico por su sentido de la armonía, es normal que todos ellos se hagan valer como lo hacían antaño delante de sus padres. En el guirigay del salón de la casa de locos de la modernidad,

a buen seguro se dan cita comensales adversarios que dictan sus leyes según el número de dientes de oro que tengan en la boca o la bolsa de pólvora que lleven a la cintura. Y las camarillas tampoco faltan. Aristócratas de bar americano, personalidades regionalistas, diseñadores *underground*, revolucionarios depresivos, populistas demagogos, racistas racializados, posmodernos ocultos o dandis transgénicos amantes del *prêt-à-porter*, de la cocina toscana y del cuero inglés.

El camarero acaba de plantarte delante una velita de plástico.

Una mariposa en el cielo. La noche se acerca, la de cada uno. Gracias.

¿Bebes para olvidar que una carambola megalómana te ha estropeado tu idea del altruismo? Cuando el oportunismo no viene propiciado por la extrema miseria de los siglos pasados, resulta ser la forma más elaborada de vulgaridad.

Durante la Guerra Fría, con el fin de imponerse psicológicamente al bloque del Este, el expresionismo abstracto –el *Action Painting*– fue un arma de propaganda cultural e ideológica de la modernidad financiada por la CIA para rentabilizar la inversión. Pollock acabó hecho una piltrafa. Gorky y Rothko, suicidándose. ¿Acaso esta supuesta modernidad expresiva no será un mero divertimento alimentado con las sobras de festines pasados? ¿Realmente incita a tomar conciencia de lo cotidiano o sólo planifica la entrada de pago de turistas acreditados en los museos del mañana?

Has decidido cederles ese trozo de tocino moderno por el que, tarro de mostaza en ristre, se pelean. A veces hay más modernidad en contemplar en silencio cómo se consume una hoguera. Ser moderno no consiste en acotar el mundo para someterlo, sino en hablar de un lugar no cartografiado en un idioma que nadie comprende. Hacer tabla rasa de esas camarillas y ofrecer tu rostro en barra libre te resultará un ejercicio saludable. Si esos gatos con la cara rasguñada supieran hasta qué punto te resulta ajena su escudilla, dejarían de gruñir cuando te acercas mientras se atiborran. Un instinto que te recuerda a esas palomas mecánicas que, sobre la acera, picotean unas miguitas que no son suyas.

Una melé de plumíferos que se disputan la molleja.

En una hogaza de pan, ¿dónde está el pico?[40] Las guerras de influencia te traen sin cuidado. Tu desinterés intriga e inquieta. Ajeno a cualquier resentimiento, eres un oso polar a la deriva, un plantígrado circunspecto después de siglos de esfuerzo y de rigor que se funden como la banquisa.

Retomas el hilo.

O una novela o nada, ironizas. Como en la vida, hay algunos que no interpretan la partitura que les toca. Sabes perfectamente que hacer caso omiso de las horcas caudinas de ese mareante pavlovismo emocional es apostar por Erik Satie contra Richard Strauss. Deberías haberte agriado como una añada que ha esperado demasiado a que alguien se la beba, pero no, no lo has hecho. No lo has hecho. Es más: no te consideras por encima de nada en absoluto, simplemente contemplas junto a Mallarmé ese «cielo metafórico que se propaga alrededor del rayo del verso».[41] En lugar de copiar recetas que han demostrado su eficacia, has preferido aventurarte por otros derroteros sin preocuparte de saber si alguien te sigue. Nunca has destejido el ensayo de la ficción, la profundidad de la ligereza, la seriedad del humor, ni desenmarañado ese tiempo que sólo comprenderás carnalmente cuando les prestes la debida atención a los ancestros que callan en tu interior.

Desde las figuras libres hasta las obligatorias, la escritura, ese oficio de monje laico, tiene muchas cosas en común con el patinaje artístico. La imagen que se te acaba de presentar se eleva hasta la metáfora: como las piruetas del patinador, la literatura traza con tinta invisible arabescos para sus lectores. E intenta alcanzar, por supuesto, la máxima altura. Antes de volver a plantar con gracia el patín de acero en la página en blanco, es en el aire, en pleno esfuerzo, donde define su dirección y esculpe su estilo.

¿Tienen alguna utilidad las frases que te asaltan desde hace aproximadamente una hora? ¿Son realmente tuyas esas afirmaciones extraídas de tu fuero interno, tal vez incluso comprimidas por esa trituradora catódica que machaca los cerebros? ¿Te las has bebido con los ojos? ¿Se te han subido a la cabeza? ¿Quién eres?

Sabes que no eres más que un alambique.

¿Cómo esperas transformarte para influir en el mundo? ¿Qué acciones vas a emprender? ¿Cómo vas a progresar por esta autopista de esqueletos? ¿Cómo aplicarás sus intuiciones? ¿De qué te ha servido el irenismo de Leibniz hace un rato en ese atasco en la circunvalación? ¿Cómo empleaste el inmaterialismo de Berkeley en la reunión del sindicato de ayer? ¿Y la fenomenología de Husserl en la ducha de esta mañana? ¿Cómo vas a utilizar la filosofía analítica de Russell en este bar nocturno, la misma que después le susurrarás a Spinoza cuando atajes por una iglesia para evitar la nieve fundida?

El juego es bastante entretenido, por lo que continúas.

¿Sobre qué tapetes cotidianos has apostado las fichas del abhumanismo de Audiberti, del zutismo de Rimbaud, del decadentismo de Bourget, del fantasismo de Carco, del sensacionismo de Pessoa, del cosmismo de Henri Pichette o del infrarrealismo de Bolaño? ¿De verdad Hume ha vencido a Locke en los cuartos de final del campeonato mundial de filosofía? La filosofía no es una ciencia exacta. No va a cambiar nada mientras sigas eludiendo precisamente los motivos que te hacen pensar así.

Invadido por una especie de bondad cruel, sabes que la única pregunta verdadera, y la más difícil, es saber identificar lo que queremos demostrarle al mundo.

Ya te has hartado de ti mismo y miras a lo lejos. Empiezas a aburrirte y estás a punto de levantarte. «El arte debe ser divertido y un poco tedioso», se burla Jacques Vaché.[42] Cambias de opinión y decides quedarte hasta el final.

Aunque no llega a ser dramático, tu aturdimiento etílico ha aumentado de manera considerable. Ya no te parece llevar puesto ni de lejos el caparazón que tus padres crearon para ti, el mismo que hasta ahora ha vencido el riesgo y la enfermedad. Y, sin embargo, ahí tienes ese cuerpo, en su sitio. Estás en él, pero no del todo, ya no. ¿Habrás llegado al punto de la embriaguez? Miras esa copa de tinto cuyo nivel desciende tan despacio como la arena de un reloj. La tercera ya. ¿O la segunda? Has perdido la cuenta. Digamos que has tenido que postergar tu proyecto de *convertirte en perro* porque el modelo de nariz que pediste está agotado. Has bebido, eso es verdad, y te ríes contigo mismo. Con cierta dignidad, eso seguro, pues no eres un cualquiera. Eres un guasón.

Tu sed de libertad no será capaz de resistirse mucho más a las infinitas extensiones que se abren ante ti. No hay ni cordilleras que se eleven por detrás de los edificios ni cumbres rosadas cubiertas de nieve. ¿No dejarías tu vida al pie de esta silla? ¿No saldrías pitando a Montparnasse sin avisar a nadie para coger el primer tren que pasara por allí? Nunca olvides que hay luz más allá de tus responsabilidades.

Eres un filtro de ideas para tu cerebro, de oxígeno para tus pulmones y de alcohol para tus riñones. Siguiendo la intuición bergsoniana, intentas aplicar esa empatía por la que uno se transporta al interior de un objeto para coincidir con lo que éste tiene de único y de inexpresable. La copa te interroga. Para acceder a lo más recóndito del líquido rubí que te hidrata trago a trago, sopesas la copa abombada sin que el vino te salpique las rodillas y vuelves a levantar los ojos hacia el espacio infinito. De tus labios a la copa, del velador al bulevar, de la ciudad al país y del país al continente, un globo aerostático en suspensión te transporta a la atmósfera. ¡Se ve mucho mejor desde aquí! ¡Qué pequeña te parece la terraza del bar desde las

alturas! ¿Sabes que esta bebida llegará al mar antes de regresar al cielo por evaporación? ¿Cuántos aperitivos en suspensión habrá en estas nubes que pasan sin verte?

Otro trago para ensanchar el cielo.

Le das una calada al sexto cigarrillo, barres con la mirada las ventanas de los edificios de enfrente. Algunas están apagadas; otras, encendidas. Imaginas la vida cotidiana que se desarrolla tras ellas. Los presentes, los ausentes, los demás. Y también, esas camas deshechas, esos cuencos de cereales olvidados en la cocina, esas escaleras enceradas, esas cortinas descoloridas, esos gatos ovillados, esos somníferos en las mesitas de noche, esas plantas suculentas llenas de polvo, esas obras de arte sin valor real, esas bibliotecas heterogéneas, esas habitaciones infantiles llenas de juguetes variopintos y esas escobas y plumeros en la oscuridad de los cuartos de la limpieza.

Piensas en ese sinfín de personas que, a lo largo y ancho del mundo, se encuentran, se reencuentran o se separan. Un hormiguero humano en el que cada cual va a lo suyo, ya sea grande o pequeño. Triste o alegre. Aquí es de noche, pero, en el otro extremo del mundo, el ron fluye a raudales y la gente baila en bañador en la playa. O construye cabañas de bambú. ¿Qué haces en este cruce mientras lejos de aquí pululan miles de ficciones ciegas de las que no tienes la menor idea? Una disputa en Shanghái por un kilo de pescado podrido. Un combate de lucha turca entre luchadores embadurnados de aceite de oliva en el centro de Ankara. Un concierto de bandoneón muy aplaudido en la zona sur de Buenos Aires. Unos niños namibios que desalojan un termitero a golpe de ramitas. Qué entretenido te parecería verlo todo y saberlo todo de todo a todas horas. ¿Cuál es esa casa aislada en mitad de la campiña francesa cerca de Sens o de Avallon? La escena no es muy precisa, sólo una chimenea humeante, un perro atado que ladra, un *beagle*, y dos botas embarradas delante de la puerta, dos botas verdes de goma, una de ellas volcada. En el interior huele a una mezcla de leche y paja, y una mujer pela patatas sobre un hule con motivos geométricos. Una mosca que pasea por encima se detiene para refrescarse.

No, falta acción.

«Así pues, creas un personaje al azar, por ejemplo, un desconocido que escudriña el panel de salidas de la estación de Bruselas a media tarde. ¿Por qué él? No lo sabes muy bien. Las neuronas son caprichosas. Casi te parece verlo subirse al Thalys. ¿Lo alojará esta noche en París un amigo de la infancia? Sí, eso es: pasará aquí unos días. Dejémoslo tranquilo por el momento.»

EN LOS RÁPIDOS

Coges cuatro cacahuetes. Uno se te escapa, te rebota en la tibia y cae al suelo. En una escala distinta, sería una piedra de Sísifo que no te importaría empujar. En la terraza nadie te ha visto. Engulles los otros tres y se te quedan varios granos de sal en los dedos.

Te inclinas discretamente. El cacahuete rebelde ha rodado hasta los pies de un personaje de ficción que acaba de llegar y lee el periódico en la mesa de al lado. Acabas de descubrirlo retenido bajo el borde de la suela de su zapato. El hombre, concentrado en su *bloody mary*, no ha visto nada o hace como que no lo ha visto. El zapato no se ha movido ni un centímetro. Se diría que te ve sin necesidad de mirarte. Un fuerte acento norteamericano te entra por la oreja izquierda y te enteras de que se llama Danger Bullier, pronunciado Dandger Bulliay. Tú también te presentas, intercambiáis unas joviales palabras de cortesía acerca de las leguminosas y vuelves a enfrascarte en tu cuaderno.

La terraza parece animarse de verdad y te preguntas si debes cambiar de sitio. Un hombre al que se le ha ido la mano con el perfume acaba de instalarse a tu izquierda. Habla por teléfono a grito herido.

«Para desplazar el cursor y cambiar de programa, los *workshops* tendrán que volver a centrarse en lo fundamental… ¿Perdón? Sí… Sí, claro… Sin olvidarnos de remitirle al *staff* el *process corporate* de nuestro ADN… Al final, si el *think tank* da pie a que se generen propuestas *mainstream*, ¡volveremos a contar con ustedes! Claro que sí, sin duda un buen *match*. Aquí ganamos todos; éxito asegurado, diría yo. ¡Ja, ja! Sí, entendido, ¡hasta el lunes a las nueve!»

Dudas entre Céline, Audiard y Guyotat. Ya te habías olvidado de ese teléfono apagado que llevas en el bolsillo. Casi una hora sin recibir noticias de nadie. Bien.

Lo que ese hombre está diciendo a voz en grito es que te has quedado atrás. No sirve de nada insistir: todos sabemos que el mundo va a velocidad de vértigo y lamentas que ningún ingeniero sepa ya desenchufar la máquina. La comunicación ha absorbido la reflexión, y la propaganda, la comunicación. ¿En qué valles recónditos se esconde la *kommandantur* de este tropel planetario? ¿Al abrigo de qué miradas se dice esta misa? De tanto señalizar desplazamientos o deseos, la magia del asombro pronto no será sino un recuerdo lejano.

La cultura no seguirá garantizando durante mucho más tiempo el espíritu de la Ilustración, esa vacuna que de momento mantiene a raya a los psicópatas. En cuanto sean mayoría, los locos elegirán a otros locos; los rencorosos, a otros rencorosos; los mediocres, a otros mediocres, y los bigotudos, a otros bigotudos. Los de arriba, los de abajo: una guerra milenaria. El de abajo busca suplantar al de arriba, y el de arriba, frenar al de abajo, que ansía desesperadamente ocupar su sitio. Hasta que, ahítos de rencor, los de abajo se convierten en los de arriba por la fuerza. Viejos ricos, nuevos ricos. ¡Mira, hace poco hablabas del estómago! En lo que respecta a la brutalidad, tal vez también habría que extirpar ese órgano.

El vecino norteamericano acaba de pedirse el segundo *bloody mary*.

Justo delante de él, dos amigos comparten mesa en estricto silencio. Los dos tienen los ojos clavados en sus respectivas pantallas y ni se miran ni se hablan. A veces uno sonríe; a veces el otro hace una mueca. Ambos saborean el contenido de esa caja de Pandora en la que se enfrentan vanidosos y buenas personas, ingenuos y premios Nobel. Algunos exhiben en ella a su gato o a su prole, otros afilan en secreto sus armas letales. Un territorio ficticio donde quienes nunca han abierto un libro abuchean a los eruditos. Mediante esa equidad de palabra, halagar a los iconos o mearse en los estatutos de los enemigos parece animar la vida de muchos. Mientras la seducción se ha sustituido por la persuasión, y la ciencia infusa, por el realismo, la tiranía de los susceptibles explota el catecismo de los perezosos. No esperes sacar de ahí ninguna conclusión fundada en hechos probados: tu neutralidad será sospechosa de ir en contra de las proyecciones del otro. Con la esperanza de hacerse querer sin conseguir ocultar la

procedencia secreta de sus frutos, estos nuevos mutantes avivan las brasas de un incendio de juventud que nunca han sabido encender solos. «Cuanto menos talento, más orgullo, vanidad y arrogancia. Y, sin embargo, todos esos locos encuentran a otros locos que les aplauden», te susurra Erasmo en la sien esto que escribió hace más de quinientos años.[43]

Una ambulancia atraviesa el cruce con su horrible sirena. ¿Quién irá tumbado dentro y en qué estado? ¿Qué le habrá ocurrido? ¿Su pronóstico vital será grave? Nada más.

Nietzsche va muerto en la ambulancia, pero pronto el algoritmo pensará por ti.

Bueno, ¿qué hora tenemos? Ah, qué más da. Acabas de fijarte en el reloj de un individuo harapiento que monta guardia; lo reconoces: es el hombre descalzo de hace un rato. Su rostro demacrado irradia cierta ansiedad que parece impedirle llevar a cabo cualquier propósito. Pasa y vuelve a pasar por delante de la quincena de clientes que ocupan las mesas y, a continuación, se envalentona, se da la vuelta y declama de carrerilla: «Ya no hay nada ni nadie, el alma está enferma; ya no hay amor, ni siquiera odio. Todos los cuerpos están saciados; las consciencias, resignadas. Ya ni siquiera hay inquietud, que ha pasado al vacío de los huesos, ¡sólo queda la inmensa satisfacción de estar inertes!».[44] Acto seguido, se aleja riendo disimuladamente con su doble.

Frente a la alegría convencional, la negrura de este hombre cuya esperanza sigue viva aunque penda de un hilo es un efecto óptico. La negrura de sus manos manchadas con el aceite del motor del mundo amonesta a esas otras manos que, calzadas con guantes blancos, aguardan en el asiento de atrás.

Ya no te queda espacio y pasas la página de tu cuaderno.

«¿Y el hombre de Bruselas? ¿Estará llamando al timbre de su anfitrión parisino en estos momentos? ¿Le abrirá éste la puerta y lo recibirá con los brazos abiertos? Su joven hermana, sentada en un sofá cama beis, está de paso. Al visitante parece agradarle, pero no lo demuestra. De todas formas, la joven no puede retrasarse: su novio la espera para ir al cine.

Ves perfectamente cómo baja la escalera, sale a la calle, comprueba su aspecto en un escaparate y después se mete en una boca de metro. Arriba, esos dos hombres que se han quedado solos se disponen a ir a tomar algo. Se levantan, cogen las chaquetas, los móviles, el tabaco, las llaves y se dirigen a la puerta.»

Hay algo que te inquieta y que no puedes explicar. Ya no reconoces nada de lo que te gustaba antes. Algunos lo achacan a la edad, pero los distintos estilos de vida no tienen edad, salvo en los libros de historia y los folletos municipales. Por ahí, privada de los anticuerpos de la ironía y de la autoburla, sube una muchedumbre intransigente. Hay quien transforma los desiertos en ciudades florecientes con su sangre y su sudor, y hay quien pretende destruirlos, quien inventa y quien calca, quien produce y quien consume, quien se reprime y quien se sirve. Inculto y revanchista, megalómano y pedante, ¿escuchas ese rumor recién salido de las salas de musculación, ese ejército de *orcas* rojipardas que pisotean los bailes que no frecuentas?[45] ¿Escuchas en la llanura el tintineo de ese mar de armaduras que se abalanzan sobre tus vergeles? ¿Piensas en la voluntad de venganza de las *tarántulas* de Zaratustra,[46] cuya doctrina aspira, por resentimiento, a impedir la creatividad y, por lo tanto, la vida? Una vez suprimidas las promesas del cielo, la avidez consuela del miedo de dejar el mundo sin esperar un reembolso celestial. Si escatimamos nuestros placeres, únicamente sobrevivirán aquellos que no teman desaparecer. Tú, que te debates entre la esperanza de renacer y los planes de fuga, reconsideras esa edad de oro en la que todo parecía posible. Ese siglo maravilloso y terrible que lo ha organizado todo como ha podido, ese anciano arrodillado al que sus hijos adoptivos o legítimos azotan con todas sus fuerzas.

Pero un siglo que ha alumbrado la penicilina y a Fred Astaire no puede ser malo del todo.

Sin embargo, tienes el presentimiento de que el final se acerca. Sin saber por qué, te abismas en las armonías combativas y nebulosas de «Shine On You Crazy Diamond».[47] Como un planeador sobre las islas, te ensimismas un momento en tu pasado y te excusas.

En el cielo, un avión se dirige hacia el sur. El sol anaranjado se refleja en la carlinga mientras su estela, cargada de queroseno, se evapora y no tardará en caerte encima. Más de treinta y seis millones de vuelos al año en el mundo: uno por segundo. Dentro ves a los pasajeros emparejados, a una azafata maquillada en exceso que les da a elegir entre ternera y bacalao, vino tinto y blanco. Dentro de unas horas aterrizarán en Dakar o en Abiyán, y en la pista recibirán la bofetada de calor de la noche. Ya te gustaría estar ahí arriba.

Buscas las palabras y no las encuentras, sabes que no tendrán mucho peso en la Historia. Esas palabras, hoy devaluadas, que actuaban como antibiótico para la barbarie parecen enfrentarse a una inmunorresistencia. Habría que inventar con urgencia otra generación de adjetivos y de epítetos para esas nuevas cepas misteriosamente contraídas.

Cuando las mutaciones ganan terreno, la violencia no tarda en hollarlo. Primero roja y después malva, ¿acabará tirando a violeta la mejilla izquierda del humanismo? Menos mal que existen las palomas, las flores, las velas y los globos de helio, esas industrias prósperas cuyas acciones sería sensato comprar en el segundo mercado. Todo el mundo sabe que es hoy cuando se inventa el mundo del mañana; que el futuro nos pertenece a todos; que no hay que perder la razón; que la energía es nuestro porvenir; que condenamos rotundamente y sin ambages la justicia de nuestro país al tiempo que confiamos en ella; que, excepto a los *cararrotas*,[48] lo que no nos mata nos hace más fuertes, y que, ante el degüello de la inocencia, la cuestión no debe plantearse así. Pero tú sigues pensando que la proliferación planetaria de la que formas parte aunque no quieras no es sino una forma de dermatosis. Una batalla campal entre parásitos distintos que, a su escala, no se consideran tales.

Eres consciente de que tus reservas no son precisamente atractivas, pero prefieres ser una oveja descarriada a dejarte guiar como un corderito por tu falso yo, te susurras a ti mismo.

Además, el espíritu crítico es el sistema linfático de la cobardía.

Y el pesimismo no es otra cosa que el optimismo en apuros.

«El cuento que te has inventado y que arrancó en Bruselas ha

debido de progresar sin que te des cuenta. Tus dos personajes están ahora sentados en una terraza cerca de la place de la Bastille. El anfitrión parisino apenas acaba de instalarse cuando recibe una llamada inesperada de uno de sus primos, que le pregunta cómo está. En vista de que este sábado por la tarde no tiene nada que hacer, los dos colegas lo invitan a unirse a ellos. Estupendo, se pasará a buscarlos en coche dentro de veinte minutos.

Las siete y cuarenta y siete. Ahora el primo se sentará a la mesa, les dirá que no encontraba aparcamiento y les preguntará qué están bebiendo.»

Ya hace más de una hora que divagas y no avanzas. Relees tus notas con desgana y esos retoques de la realidad te parecen tan vanos como aleatorios. A fuerza de observar el mundo con disimulo, los sueños a veces toman extraños derroteros.

El norteamericano, que lleva un buen rato sin dirigirte la palabra, parece a punto de marcharse. Empieza a recoger sus cosas. Mientras lo vigilas por el rabillo del ojo, dobla el periódico y se gira hacia ti.

«La diatriba del mendigo de antes, ¿se acuerda?, era de Artaud, ¿verdad?»

Asientes con un escueto gesto y sacas un cigarrillo para guardar la compostura. Acto seguido, se levanta, paga la cuenta, se despide de ti alzando el sombrero, saca el bastón, en el que no habías reparado, y se aleja. Tiene una cojera pronunciada.

Acuciado por una primitiva necesidad natural ligada a la bebida, te ves obligado a bajar al aseo. Entras en la *brasserie*, cruzas el salón y te diriges hacia la escalera de hierro forjado. Una vez en el sótano, compruebas que no hay nadie. Empujas la puerta del espacio reservado a los de tu sexo, tiras de ella y bajas con cierta dificultad el pestillito cromado, al que le falta el tornillo superior derecho.

La luz, que debe de estar programada con una frecuencia excesivamente corta, se apaga. Buscas el interruptor, pero no lo encuentras. Entonces oyes una voz que se dirige a ti, aunque no logras identificar de dónde viene. Una voz femenina, dulce y tranquilizadora. Al mismo tiempo, aparece un largo túnel luminoso que se aleja hasta el infinito y cuyas paredes se abren ante ti como el mar Rojo. Un reflejo racional te hace retroceder. Ya no estás donde creías estar. En el centro de esta perspectiva se te presenta una mujer de gestos pausados, bellísima y translúcida que te brinda una sonrisa. Se da un aire a Gene Tiernay y parece que no quiere ser la primera en

acercarse. Te susurra que es tu amiga, te invita a que la sigas, te dice que sólo un paso te separa de ella. Intenta convencerte, te asegura que adonde te quiere llevar dispondrás eternamente de todo cuanto desearías tener en la Tierra, aunque con una condición: que nunca juzgues ni a las personas ni las cosas.

No te mueves, te quedas callado. La aparición te urge a aceptar la *oferta promocional*, pues no puede quedarse mucho más tiempo, incluso te anuncia que está a punto de desaparecer. Piensas en tu vida, en las batallas que tendrás que librar, en los libros que escribirás, en los amigos que requerirán tu apoyo. Tus dudas se alargan demasiado y te da la sensación de que se te ha hecho tarde. La mujer, en efecto, se evapora y el túnel vuelve a cerrarse tras ella. En la negrura más absoluta, buscas el interruptor a tientas. Por fin, la luz, la viva luz de la vida. Apoyas la palma de la mano en la fría pared mientras tu mirada se detiene en el agua muerta de la taza del inodoro. Casi te habías olvidado de para qué habías ido allí.

Un poco aturdido, subes la escalera como un autómata.

Te demoras un momento en uno de los escalones y sales de nuevo al exterior.

Notas que ha refrescado bastante. A pesar de que no estás ebrio del todo, levantas el mentón hacia la noche incipiente y respiras hondo. «Por muy bien alimentado que esté el lobo, siempre tirará hacia el bosque»,[49] te pincha Turguénev.

«Ha pasado casi media hora y el folletín que iniciaste en Bruselas sigue desarrollándose sin tenerte en cuenta. Ahora ves a los tres colegas subirse a un coche. A ninguno se le ocurre un destino que les vaya a hacer pasar una velada memorable. El pequeño vehículo negro no arranca a la primera, sino a la tercera. Con las ventanillas abiertas y la música a tope, los tres jóvenes circulan sin rumbo por las calles de la capital.»

Es un poco tarde. Aunque oculto por la noche, que ha caído por fin, aún se adivina el cielo, que se cubre. Un trueno retumba a lo lejos. Parece que viene del oeste. Siempre te han gustado esos sobresaltos meteorológicos que hacen estallar las tensiones acumuladas. Aguzas el oído; aguardas sin éxito el relámpago.

Mientras los camareros se encargan de apilar las primeras sillas, el tuyo te trae la cuenta.

«Entonces, tres *irancy*. ¡Veintiún euros! Quería disculparme por haber tardado tanto en tomarle la comanda antes, pero soy miope y, al abrir el bar esta mañana, se me han roto las gafas.»

Le respondes con un gesto indulgente aunque un poco forzado que te recuerda a Louis de Funès.

Dejas un billete y una moneda en el platillo de ebonita granate. No debes retrasarte más. Queda un dedo de taninos en el fondo de la copa. La vacías de un solo trago bajo la galaxia.

Con urgencia, bruscamente, sin testigos.

Hace buen tiempo: te apetece ir paseando. No tardarás ni diez minutos en llegar a casa y el amor te estará esperando. Por el camino

pensarás que tienes que comprar la comida del gato. Seguramente mañana continuarás debatiendo con el tiempo, asimilando la belleza para ser mejor. «Por fin el hombre sabe que está solo en la indiferente inmensidad del Universo, del que ha surgido por azar. Su deber, al igual que su destino, no está escrito en ninguna parte», te recuerda Jacques Monod[50] con aire dubitativo.

Un minuto más.

Para ahuyentar la mala suerte antes de un gran viaje, una superstición rusa invita al viajero a sentarse un momento en silencio antes de coger la maleta y salir de la habitación. Tú no tardarás en levantarte y sabes que nada cambiará de inmediato. Que nada cambiará, pero que todo sigue siendo posible, pues la vida siempre comienza mañana. El tiempo te retira el plato con lentitud y te hace creer que aún queda un poco de infinito que rebañar con ese cuscurro de pan que tienes en la mano y que no es otra cosa que tu instinto de supervivencia. A partir de ahora, cada segundo cuenta.

Barres con la mirada el cruce, ya tranquilo. Es un poco tarde. La gente debe de estar cenando. Echas un rápido vistazo a la redonda y te das cuenta de que la plaza sería perfecta para un concierto, una actuación o un *ballet*. ¿*La bella durmiente* de Chaikovski? Una metáfora de la época, sonríes. El espacio urbano, tan previsible, está muy necesitado de distorsión, de sorpresa, de sensualidad y, sobre todo, de humor.

Por encima de los edificios, la Vía Láctea ilumina el espacio como si fuera una baliza de emergencia. Aparece un decorado mágico de cartón piedra que se alza varios cientos de metros. Más abajo, el escenario de un teatro con un palacio al fondo adornado de estatuas, columnas, álamos y pérgolas de rosas. Los últimos clientes de las mesas no ven nada de aquello, algo que te resulta de lo más extraño.

Suena una tímida música que va ganando en intensidad: cuerdas, maderas, cobres y percusiones que parecen inundar el barrio entero. Te quedas allí, atónito, boquiabierto. No: no es la bruja Carabosse, sino tres sílfides que bajan de una nube. Haciendo trenzados consecutivos, llenan este lugar de gracia.

Se baja el telón.

No tienes nada que temer: sabes que sólo eres un lector que se dispone a cerrar el libro.

Te guardas la libreta en el bolsillo interior. Es hora de irse, aunque no lo hayas dicho todo. Aun así, atrapado entre los dos infinitos y el divertimento de Blaise Pascal, ya no te queda nada que vender. «Todavía no he empezado y todo termina ya», añade Kertész.[51] Demócrito le da una palmada en el hombro: «Nada existe salvo los átomos y el espacio vacío; lo demás son opiniones».[52]

Mientras empujas hacia atrás la silla, un chirrido estridente te sobresalta. Un coche negro acaba de parar en seco en la plaza; sus puertas se abren de golpe. De él surgen tres siluetas con pasamontañas soltando onomatopeyas y con armas pesadas en bandolera. Te han visto, estás seguro.

Juraría que vienen hacia nosotros.

POSFACIO

Apología del escepticismo crepuscular

Un hombre se sienta a tomar el aperitivo en la terraza de un *bistrot* parisino del barrio de Montparnasse. Presa de un ligero trance provocado por el alcohol, empieza a soliloquiar en silencio. Este monólogo interior mezcla recuerdos vividos o librescos, observaciones cáusticas sobre las nimiedades que acontecen en la terraza –mesas vecinas, camareros, transeúntes, etcétera, que no son más que alegorías del vasto mundo– y un auténtico desfile de sabias y eruditas elucubraciones poético-filosóficas. Se trata de un verdadero diaporama intelectual que se despliega ante nuestros ojos y que va convocando por turnos a las múltiples figuras de diferentes artistas, escritores o músicos que pueblan el imaginario de nuestro soñador vespertino. Oímos murmurar, en medio de la oscuridad que se va extendiendo, a los fantasmas de la bohemia literaria y artística –sobre todo, a los de la generación perdida estadounidense– que habitaron esos lugares del tiempo en el que París tenía aún el privilegio de ser una fiesta, como afirmaba Hemingway.

Nuestro soñador –al que suponemos un poquito dandi– en realidad acaba de alcanzar el cénit íntimo de la paradójica lucidez lírica procurada por el alcohol, y uno de los aciertos de esta corta novela introspectiva es el de reproducirnos minuciosamente el contenido mismo de esos breves instantes de gracia, de esos minutos profundos en los que la ebriedad crea la ilusión de bailar en perfecta armonía con el mundo que nos rodea, sobre la cuerda tensa de la divagación especulativa.

Es de todo punto natural haber situado esta obra bajo la égida de Fernando Pessoa, gran soñador de mundos. Sabemos que la mayoría de sus poemas fueron escritos así, en mesas de cafés solitarios a la

hora del crepúsculo, y él también nos entregó sus luminosas e irónicas divagaciones metafísicas –inevitablemente teñidas de *saudade* lusitana– al calor de la llama etílica. La misma atmósfera de la Lisboa bondadosa y melancólica, la que en tiempos de productivismo y activismo dementes como el nuestro calificaría yo de maravillosa *decadencia fortificante*, envuelve nuestra lectura embelesada.

Sin embargo, la meditación de nuestro personaje es fundamentalmente especulativa y linda con el poema metafísico, pues, al igual que él, tiende a reconfortarnos en la idea de que, para quienes todavía confiamos en el poder latente de la literatura, el combate esencial que debemos lidiar –seguramente perdido de antemano, pero ¿qué más da?, pues ¿no son los cantos desesperados los más bellos?– es en pro de cierta suspensión temporal que se atribuye a la contemplación y a la descripción de la belleza resiliente. ¡Cuántos brazos se ponen a trabajar para cambiar el mundo y qué pocas miradas se dedican a contemplarlo! No obstante, el mérito de este libro es precisamente el de recordárnoslo en las últimas líneas: esta lucha espiritual es tanto más necesaria y vital por cuanto, en estos momentos, la civilización que todavía permite tales meditaciones divagantes en las terrazas de los cafés –o lo que viene llamándose *la cultura tradicional del aperitivo*– parece peligrosamente amenazada por la aparición de un orden moral represivo, incluso coercitivo, despojado de toda fantasía.

DENIS GROZDANOVITCH

NOTAS DE LA TRADUCTORA

1.

Las citas pertenecen, respectivamente, a las obras *Ferdydurke* (1937), *Maestros antiguos* (1985) y el *Libro del desasosiego* (1982).

2.

Del *Libro del desasosiego*.

3.

En su libro de relatos *Abierto de noche*, publicado en 1922.

4.

De su novela *Los hermanos Tanner*, publicada en 1907.

5.

En *Trotamundear*, de 1948.

6.

Referencia al químico francés Joseph Dubonnet y a la famosa publicidad de la marca, realizada por Cassandre en los años treinta, cuyo eslogan, «Dubo, Dubon, Dubonnet» (de ahí lo de *beau et bon*, «guapo y bueno»), invadió las paredes exteriores de las casas a lo largo y ancho del país, y sigue formando parte del imaginario colectivo.

7.

Una herramienta especial que les permite arrancar unos doscientos kilos de raíces al día.

8.

La cita es de su novela *Una ambición en el desierto*, de 1984.

9.

Parece que el autor alude a un verso de la canción de 1943 «Ah! Le petit vin blanc», que fue escrita por Jean Dréjac y compuesta en forma de vals *musette* por Charles Borel-Clerc, que fue popularizada por la cantante Lina Margy y que aún se canta hoy día: *«Ah! Le petit vin blanc qu'on boit sous les tonnelles»*, o a la idílica imagen de esas terrazas arboladas o bajo un emparrado que incitan al esparcimiento, sobre todo en primavera y verano.

10.

El poeta y novelista Émile Goudot fundó en 1878 en París el club literario Les Hydropathes, cuyo nombre, que etimológicamente significa «a los que el agua hace enfermar» o «a los que el agua les da asco», parece jugar con la pronunciación del propio nombre del autor, *goût d'eau*. En este caso, es probable que la palabra *goût*, que puede significar tanto «predilección» como «aversión» o «repulsión» por algo, tome este último significado en alusión al gusto por los licores de los miembros del club.

11.

Les Vilains Bonshommes («los malvados hombres buenos») era un grupo de artistas que se reunían en diversos puntos de París para cenar y recitar poemas entre 1869 y 1872. La participación de Arthur Rimbaud en esas veladas les confirió un gran renombre.

12.

Referencia al poema «Noche renana», cuyo último verso dice: *«Mon verre s'est brisé comme un éclat de rire»* («Mi copa se rompió como si rompiera a reír»).

13.

En su correspondencia con el rey Federico II de Prusia.

14.

La cita es de Mark Twain, el inicio de uno de sus esbozos cómicos, «The Facts Concerning the Recent Resignation» (Hechos concernientes a mi reciente dimisión), que apareció en el *New York Tribune* el 13 de febrero de 1868.

15.

De su texto *La pereza como verdad inalienable del hombre*.

16.

La cita es de la obra *El Crack-Up*, de Francis Scott Fitzgerald, una colección de ensayos, cartas inéditas y apuntes publicada en 1945. El término *crack-up* significa «grieta», «fractura».

17.

Science Po es la abreviatura de Sciences Politiques y el nombre por el que se conoce al Instituto de Estudios Políticos de París, fundado en 1872 como Escuela Libre de Ciencias Políticas, de ahí su sobrenombre, y refundado en 1945. Está considerado el mejor centro universitario del mundo en la rama de ciencias políticas y sociales.

18.

En alusión a su célebre obra *El charlatán*, de 1946, de la que se extrae la cita.

19.

En los *Diálogos del orador*, del año 55 a. C.

20.

El Sud Avion Caravelle fue el primer reactor comercial construido con éxito en Europa, en el año 1955. Fue el primero en tener las turbinas en la parte trasera y lo incorporaron a sus flotas muchas aerolíneas, como Finnair, Air France, United Airlines e Iberia. Se dejó de fabricar en 1972, aunque estuvo en activo hasta 2005.

21.

Célebre frase que define al típico personaje encarnado por Jean-Paul Belmondo aunque el actor jamás la pronunció en ninguna de sus películas. Es una especie de «¡tachán!» o «¡cucú, soy yo!».

22.

De nuevo, en el *Libro del desasosiego*.

23.

Se refiere al cineasta belga Raoul Lévy, productor y guionista de la película.

24.

En el número 5 se encuentra desde 1928 la sede de la editorial Gallimard, donde Gaston Gallimard instaló en 1929 la *Nouvelle Revue Française* (NFR). En 2011, año del centenario de la editorial, la calle pasó a llamarse de Gaston Gallimard.

25.

Dos de los principales estudios cinematográficos franceses hasta los años ochenta y noventa. El padre del autor es el cineasta francés Edmond Lévy, fallecido en 1995.

26.

El Pitón de la Fournaise es el volcán activo de la isla de Reunión, de donde es típico el ron *arrangé*, «arreglado» o «macerado».

27.

Gran sala situada bajo el hospital militar de Val-de-Grâce que debe su nombre a la organización de extrema derecha La Cagoule, la cual se reunía en las catacumbas y designaba cada sala con una letra. Es conocida por acoger la celebración de fiestas clandestinas, sobre todo en los años ochenta.

28.

Del prólogo de *Les Aveux*, nueva traducción de las *Confesiones* de San Agustín que el editor, escritor y traductor Frédéric Boyer publicó en 2008 y que le valió el premio Jules Janin de la Academia Francesa.

29.

El célebre compositor le dijo esa frase a su amante, Marie d'Agoult, el 30 de julio de 1833, según ella misma recuerda en sus memorias.

30.

Refiriéndose a las mujeres, en *El retrato de Dorian Gray*.

31.

En las llamadas *Cartas del vidente*, dos cartas escritas por Arthur Rimbaud en mayo de 1871 a Georges Izambard y Paul Demeny, el poeta defendía el surgimiento de una nueva razón poética basada en este desarreglo de los sentidos: «Digo que hay que ser vidente, hacerse vidente. El poeta se hace vidente mediante un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos».

32.

La cita pertenece a la obra *Testamento. Conversaciones con Dominique de Roux*, publicada en 1969.

33.

En una carta a su medio hermano Peter Fabjan.

34.

De *El tiempo recobrado*, séptimo y último volumen de la serie *En busca del tiempo perdido*.

35.

Expresión utilizada en el juego del ajedrez para advertir al oponente de que se va a tocar una pieza del tablero con intención de colocarla bien y no se está obligado a jugarla.

36.

Emmanuel Lévinas (1906-1995), filósofo lituano de origen judío, basa el principio de su ética en la experiencia del encuentro con el Otro, al que no hay que ver como un adversario, sino como alguien por quien preocuparse. Para ello, el cara a cara es fundamental. El rostro, lo que primero vemos del Otro, habla, *nos* habla, deja en nosotros una marca invisible pero indeleble, la marca de una ética, de una moral que no teníamos previamente y que sólo se deriva de este encuentro.

37.

La cita completa sería: «Quiero ser anónimo. No sé cómo haces tú para desinvolucrarte, pero yo no quiero que se me involucre. Mi ambición es ser completamente olvidado», según cuenta el propio editor, Raymond Foye, en una nota a la edición de los poemas de Kaufman fechada en 1980.

38.

La frase original es: *«Juste un brassé de bruyère plongée dans la fontaine»* («tan sólo un poco de brezo sumergido en la fuente»), en la que las palabras *bruyère* y *fontaine* aluden claramente a los célebres escritores moralistas del siglo XVII francés Jean de la Bruyère y Jean de la Fontaine. Del primero destaca su obra *Los caracteres*, publicada en un principio como una traducción de la obra

homónima de Teofrasto y luego ampliada con el retrato psicológico y moral –sin demasiada acidez y lleno de ingenio e ironía– de los protagonistas de una época marcada por los vicios y la doble moral. En sus famosas *Fábulas*, La Fontaine hace algo parecido con personajes del reino animal. El retrato que hace el autor en este capítulo va en la misma línea.

39.

Musicalizado por George Brassens en 1969 en «Les Oiseaux de passage».

40.

La frase en francés: *«Dans la miche, elle, où est le bec?»* es una clara alusión al escritor Michel Houellebecq.

41.

De sus *Divagaciones*, volumen de ensayos publicado en 1897.

42.

En una carta al poeta André Breton fechada el 9 de mayo de 1918.

43.

En su célebre *Elogio de la locura*, impreso por primera vez en 1511.

44.

De una carta que Antonin Artaud envió a su amigo Henri Parisot desde el manicomio de Rodez el 17 de septiembre de 1945.

45.

El término compuesto *rouge-brun* es una mezcla del color propio de los comunistas, el rojo, y el marrón asociado al movimiento nacionalsocialista (los «camisas pardas») y se utiliza peyorativamente para designar la ideología política de aquellas personas de extrema izquierda que tienen cierta afinidad con la extrema derecha. Por otra parte, el original habla dice *«tes petits bals perdus»*, en referencia a la célebre canción «Le Petit bal perdu», «Au petit bal perdu» o «C'était bien», compuesta por Robert Nyel y Gaby Verlor para el cantante y actor Bourvil en 1960, aunque fue interpretada primero por Juliette Gréco con su consentimiento.

46.

Referencia a «De las tarántulas», capítulo de *Así habló Zaratustra*, de Frederich Nietzsche.

47.

Famosa composición en nueve partes de la banda Pink Floyd que apareció en el álbum conceptual *Wish You Were Here*, de 1975, y cuya letra, aunque dirigida al excomponente de la banda Syd Barrett, nos recuerda que hay que seguir brillando como cuando éramos jóvenes.

48.

La expresión *gueules cassées* («caras desfiguradas») fue inventada por el coronel Picot, primer presidente de la Unión de Heridos de la Cara y de la Cabeza, para designar a los supervivientes de la Primera Guerra Mundial que habían sufrido graves heridas en combate, las cuales les habían dejado tremendas secuelas físicas y psicológicas. Picot fundó con sus compañeros Albert Jugon y Bienaimé Jourdain una asociación que en la actualidad sigue ayudando a militares, bomberos, policías o víctimas de accidentes o atentados a enfrentarse a este mismo problema.

49.

Del cuento «Yermolái y la molinera», perteneciente al libro de relatos *Memorias de un cazador* o *Del álbum de un cazador*, cuya primera versión se publicó en 1852, aunque el autor siguió ampliándola hasta su muerte.

50.

En *El azar y la necesidad*, obra de 1970.

51.

Frase extraída de los diarios del autor, publicados en Francia con el título *Sauvegarde: Journal 2001-2003*.

52.

Máxima recogida por Diógenes Laercio en *Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*, obra escrita en Grecia tal vez durante la primera mitad del siglo III y que se tradujo al latín en el XV.

ÍNDICE

En camino

Antes de la embriaguez

El otro lado de la sed

Moleskine

El hombre superfluo

Un silencio prolongado

Los de las otras mesas

Cinemascope

De espaldas al espejo

Tus manos

El nacimiento del lobo

Retrato del sediento vestido de cortesano

Lo que permanece

Ficción

En los rápidos

Mutantes

La mujer de abajo

Cierre definitivo

Posfacio: Apología del escepticismo crepuscular

Notas de la traductora

Yuri Herrera

SEÑALES QUE PRECEDERÁN AL FIN DEL MUNDO

PERIFÉRICA

Señales que precederán al fin del mundo

Herrera, Yuri
9788418264412
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Señales que precederán al fin del mundo es, sin duda, una de las novelas más singulares de entre todas las que se han escrito en español en este cambio de siglo. Y también una de las más bellas y precisas.

Como ya sucedía en su anterior novela: *Trabajos del reino*, Yuri Herrera no escribe "simplemente" sobre México y la frontera, sino que crea su México a través de historias y leyendas del pasado y del presente. Y traza con exactitud el mapa de un territorio que es aún más gigantesco, hecho tanto de lo que está sobre la tierra y en lo real como de lo que está bajo ella y pertenece a lo mitológico, a las culturas precolombinas. Quien recorre ese territorio a través de las nueve etapas de los mitos, es Makina, un personaje sin parangón en la literatura actual de tan real como parece, a pesar de vivir en un mundo que es quizá el inframundo. Basta leer dos páginas, una, de este libro, y no hará falta más: ya no podrá escapar ningún lector de esta historia fabulosa que narra mucho más que el viaje de Marina en busca de su hermano.

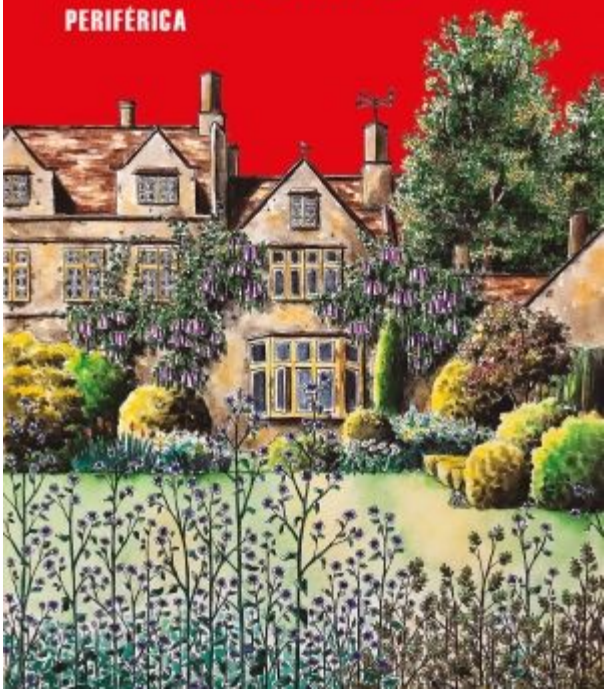
"La segunda novela de este narrador mexicano lo confirma como escritor que sabe urdir una trama intensa y manejar un lenguaje original, tan capaz de revelar una realidad social miserable y angustiosa como de elevar poéticamente lo humilde y cotidiano hasta alcanzar proporciones simbólicas."
Arturo García Ramos, *ABC*

Cómpralo y empieza a leer

Reginald Arkell

RECUERDOS DE UN JARDINERO INGLÉS

PERIFÉRICA



Recuerdos de un jardinero inglés

Arkell, Reginald
9788418264726
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Si un libro es "como un jardín que se lleva en el bolsillo", éste hace realidad como ningún otro ese proverbio árabe, pues recrea la historia de uno fértil, armonioso y encantador, un verdadero vergel: narcisos, orquídeas, crisantemos, dalias y campanillas azules brotan de sus páginas, cultivadas con mano maestra por el inefable jardinero Herbert Pinnegar.
El protagonista de esta maravillosa novela fue un niño solitario que siempre mostró una pasión desmedida por las flores, especialmente por las silvestres, que crecían en las orillas del viejo canal que recorría con la profesora que le transmitió todo su saber botánico. La segunda mujer en apreciar su talento será la joven Charlotte Charteris, quien le otorga el primer premio en el Concurso Anual de Flores y cambia definitivamente su destino al ofrecerle, poco después, trabajar en el jardín de su mansión. Desde la vivienda anexa, que ha habitado a lo largo de sesenta años, Pinnegar repasa su vida consagrada a velar por ese cosmos en miniatura, un genuino jardín inglés: una de las contribuciones más originales de los británicos a la cultura universal. Con Pinnegar aprendemos que la paciencia, la tenacidad y la gratitud son virtudes necesarias para quien está expuesto al rigor de las estaciones y a los esplendores fugaces, ¿acaso no querríamos un mundo en el que todos lleváramos un jardinero dentro? De sus acciones y propósitos se desprende una ética singular: en un jardín no se puede estar enfadado mucho tiempo.
Publicado en 1950, sobre este clásico moderno de la literatura inglesa, rebosante de humor y ternura, se proyecta también, de forma sutil, la sombra de los pesares de una sociedad que acaba de superar una guerra y, en este sentido, la idea del jardín supondrá su contrapunto: un lugar de ensueño, una metáfora de la buena vida y una promesa de felicidad.
Los desvelos y alegrías que colman la existencia sencilla de este entrañable personaje, al igual que la belleza de un paisaje, reportan beneficios inmediatos al lector: una novela que estimula los sentidos,

atempera el espíritu y apacigua el corazón maltrecho.

Cómpralo y empieza a leer

Christopher Morley

LA LIBRERÍA AMBULANTE

PERIFÉRICA

La librería ambulante

Morley, Christopher
9788418264429
184 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Prepárese para entrar en un mundo único y lleno de encanto, donde el tiempo se ha detenido: estamos en la segunda década del siglo XX, en unos Estados Unidos todavía

rurales y de paisajes idílicos, donde conviven los viejos carromatos y los novísimos automóviles; Roger Mifflin, un librero ambulante que desea regresar a Brooklyn para redactar sus memorias, vende su singular librería sobre ruedas (junto a su yegua y su perro) a la ya madura señorita Helen McGill, quien decide, harta de la monotonía de su vida, lanzarse a la aventura y recorrer mundo.

A partir de ese momento se sucederán los encuentros y los desencuentros, y las más divertidas peripecias se darán la mano con las grandes enseñanzas que proporcionan libros y librero.

"Un canto al amor por la literatura. Una atmósfera, una actitud vital, humilde y sabia, presente en esta novela centrada en la decisión de una granjera soltera, hermana de un escritor egoísta y barroco, que un día decide invertir sus ahorros en la compra de un carromato lleno de libros. El humor, la calidad de una prosa sencilla y la pequeña épica de la historia, que evoca los cantos a la vida y a la América profunda de Whitman, convierten la novela en una delicada joya que expresa con maestría el papel de la literatura como superación personal, como valiosa compañía, además de ser un bello homenaje a los que, en otras épocas más duras, transmitieron la importancia de leer."
Guillermo Busutil, *La Opinión de Málaga*

Cómpralo y empieza a leer

Miguel Pita

UN DÍA EN LA VIDA DE UN VIRUS

Del ADN a la pandemia

PERIFÉRICA

Un día en la vida de un virus

Pita, Miguel
9788418264580
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un virus puede dejar en ko técnico a toda una civilización en pleno siglo XXI. Pero ¿qué es exactamente un virus? ¿Cómo es posible que algo que ni siquiera puede ser calificado de ser vivo pueda tener tal capacidad e incidencia sobre el mundo que conocemos? Los virus son poco más que fragmentos dispersos de material genético que aparecen y desaparecen de manera puntual en la historia de la vida. En 2020, hemos aprendido a través de la experiencia que tal irrupción puede modificar el rumbo de la Historia.

Un pequeño manual urgente, para todo tipo de lectores, que explica, de forma tan clara como entretenida, en qué consiste la convivencia de los virus con nuestra especie (y otras), así como la gran batalla que se desarrolla en el interior de nuestro organismo cuando estos enemigos invisibles acceden a él. Con todo el rigor del razonamiento científico y con los mejores ejemplos, precisión y sencillez de la buena divulgación.

Cómpralo y empieza a leer

Rita Indiana

LA MUCAMA DE OMICUNLÉ

PERIFÉRICA

La mucama de Omicunlé

Indiana, Rita
9788418264641
184 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta apabullante novela, que supone la consagración de Rita Indiana como narradora, tiene tantas capas de lectura y tantos giros fascinantes que rehúye toda síntesis, todo encorsetamiento. Es más, sólo cabe una invitación entusiasta a la lectura por parte de los editores.

Aunque para los que prefieran algunas claves, he aquí un resumen: la historia arranca en el apartamento de la santera y asesora del Presidente dominicano Esther Escudero, llamada también Omicunlé desde que, en un rito afrocubano, se convirtiese en servidora de la diosa del mar Yemayá. Su joven mucama, Alcide Figueroa, a la que Esther ha apartado de la prostitución gracias a la colaboración de otro personaje fundamental, Eric Vitier, está a punto de vivir una historia de pasados, presentes y futuros vertiginosa y, por momentos, aparentemente imposible más allá del relato. Las deidades afroantillanas que habitan el mar Caribe, la música tradicional y la música electrónica, el sexo en todas sus formas (incluso el cambio de sexo), los bucaneros del siglo XVII o los grabados de Goya son otros de los cimientos sobre los que se alza este texto lleno de intrigas y deseos, lleno de aristas y de falsas certezas. Lleno también de tramas y subtramas; de esos intereses políticos, es decir, públicos, que suelen pasar por muchas novelas del presente de un modo inane.

Pocas ficciones hay que nos hablen del arte contemporáneo con tanta precisión como *La mucama de Omicunlé*, pocas también que nos hablen así sobre la contaminación de los mares y océanos; por citar dos de los asuntos que Indiana aborda aquí. Pero en todo momento con una sutileza que rehúye el adoctrinamiento o el cinismo postmodernos para nunca alejarse de lo que es simple y puramente necesidad y vida. Ya lo decíamos al principio: apabullante.

"Las novelas de Rita Indiana son intrépidas fusiones narrativas."
Rafael Miranda Bello, *Excelsior*

"Hay muchos modos de dar cuenta de la realidad y muchos de ellos, además de estériles, se revelan generadores de atroz aburrimiento. No figura entre ellos el de la dominicana Rita Indiana. Para Indiana, contar el Caribe es, en primer lugar, dar rienda suelta a todos los lenguajes que lo recorren, desde los más ancestrales a los coloquiales de impronta anglosajona. Pero también es escoger personajes que tengan la suficiente energía vital para reproducir la increíble vitalidad de las sociedades caribeñas".
Eugenio Fuentes, *La Nueva España*

Cómpralo y empieza a leer